



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

Vasos comunicantes en la Guerra Fría: Suez y Hungría, 1956

Entre la descolonización y la reconfiguración de
la hegemonía mundial

Estudiante: **Luis Sanz Roque**

Director: **Dr. Nicanor Gómez Villegas**

Madrid, abril de 2026

RESUMEN

El presente trabajo analiza la Crisis de Suez y la Revolución Húngara de 1956 como episodios simultáneos que permiten examinar el funcionamiento real del sistema internacional bipolar de la Guerra Fría. A partir de una metodología histórico-analítica basada en fuentes secundarias especializadas y un enfoque comparado, el trabajo parte de la hipótesis de que Suez constituyó el momento en que la pérdida de autonomía estratégica de las potencias europeas se hizo definitivamente visible, y de que la comparación con Hungría permite revelar la aplicación selectiva y asimétrica de los principios de soberanía e intervención en función de los intereses de las superpotencias.

El análisis muestra que EE. UU. y la URSS actuaron en ambas crisis con la misma lógica de gestión sistémica, preservar la estabilidad del orden bipolar, pero que esa lógica producía resultados opuestos según el escenario geográfico: en Suez exigía frenar a los aliados anglofranceses; en Hungría, no desafiar al adversario. Los mecanismos multilaterales de la ONU funcionaron en el primer caso y se paralizaron en el segundo, lo que pone de manifiesto que su eficacia dependía de la alineación de intereses de las grandes potencias y no de la solidez jurídica de los argumentos. El trabajo identifica además el balance diferenciado de los tres actores intervinientes en Suez: el Reino Unido asumió la subordinación atlántica, Francia extrajo la conclusión opuesta y comenzó el camino hacia la autonomía estratégica gaullista, e Israel convirtió una derrota diplomática en ganancias concretas de seguridad, aunque de vigencia limitada.

Las conclusiones confirman que 1956 no fue el inicio de un proceso nuevo sino la clausura definitiva del orden imperial europeo, cuyas contradicciones quedaron expuestas simultáneamente en Budapest y en el Canal de Suez. La simultaneidad de ambas crisis no fue irrelevante: cada una condicionó el margen de maniobra disponible para gestionar la otra, y su análisis conjunto revela dimensiones del sistema internacional bipolar que ninguno de los dos episodios, tomado de forma aislada, permite apreciar con igual claridad.

Palabras clave: Crisis de Suez, Revolución Húngara, Guerra Fría, descolonización, bipolaridad, soberanía.

ABSTRACT

This dissertation analyses the Suez Crisis and the Hungarian Revolution of 1956 as simultaneous episodes that allow for an examination of how the bipolar international system of the Cold War functioned. Drawing on a historical-analytical methodology based on specialised secondary sources and a comparative approach, the study tests the hypothesis that Suez was the moment at which the loss of strategic autonomy of the European powers became definitively visible, and that the comparison with Hungary reveals the selective and asymmetric application of the principles of sovereignty and non-intervention according to the strategic interests of the superpowers.

The analysis shows that both the United States and the Soviet Union acted in each crisis according to the same systemic management logic, preserving the stability of the bipolar order, but that this logic produced opposite results depending on the geographical setting: in Suez it required restraining the Anglo-French allies; in Hungary, it required not challenging the adversary. The UN multilateral mechanisms functioned in the first case and broke down in the second, demonstrating that their effectiveness depended on the alignment of great power interests rather than on the legal strength of the arguments. The study also identifies the differentiated balance of the three intervening actors in Suez: the United Kingdom accepted Atlantic subordination, France drew the opposite conclusion and began its path towards Gaullist strategic autonomy, and Israel converted a diplomatic defeat into concrete security gains, albeit of limited duration.

The conclusions confirm that 1956 did not mark the beginning of a new process but rather the definitive closure of the European imperial order, whose contradictions were simultaneously exposed in Budapest and at the Suez Canal. The simultaneity of both crises was not incidental: each conditioned the room for manoeuvre available to manage the other, and their joint analysis reveals dimensions of the bipolar international system that neither episode, taken in isolation, allows to be seen with equal clarity.

Keywords: Suez Crisis, Hungarian Revolution, Cold War, decolonisation, bipolarity, sovereignty.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	7
1.1. Justificación y relevancia del tema.....	7
1.2. Delimitación temporal y geográfica.....	9
1.3. Objetivos, hipótesis y preguntas de investigación.....	10
1.4. Metodología y fuentes empleadas.....	11
2. ESTADO DE LA CUESTIÓN Y MARCO TEÓRICO	13
2.1. Estado de la cuestión: Crisis de Suez de 1956.....	13
2.1.1. Perspectiva británica.....	13
2.1.2. Perspectiva francesa.....	16
2.1.3. Perspectiva israelí.....	18
2.1.4. Perspectiva egipcia.....	21
2.1.5. Perspectiva estadounidense.....	23
2.1.6. Perspectiva soviética.....	25
2.2. Estado de la cuestión: Revolución Húngara de 1956.....	26
2.3. Marco teórico y conceptual.....	28
3. CONTEXTO HISTÓRICO Y DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS	31
3.1. La Crisis de Suez de 1956.....	31
3.1.1. Antecedentes: Egipto, el Canal de Suez y el equilibrio regional	31
3.1.2. La nacionalización del canal y la crisis diplomática.....	34
3.1.3. La intervención militar y el desenlace de la crisis.....	36
3.1.4. Consecuencias políticas y estratégicas.....	38
3.2. La Revolución Húngara de 1956.....	40
3.2.1. Antecedentes y estallido del levantamiento.....	40
3.2.2. La intervención soviética y sus consecuencias.....	43
4. ANÁLISIS COMPARADO: SUEZ Y HUNGRÍA EN 1956	45
4.1. Simultaneidad de las crisis y coherencia del orden internacional.....	45
4.2. Reacciones de las grandes potencias y lógica bipolar.....	46
4.3. Soberanía, intervención y legitimidad internacional.....	49
4.4. Diferencias estructurales entre Oriente Medio y Europa del Este.....	51
5. CONCLUSIONES	53
5.1. Principales hallazgos.....	53
5.2. Respuesta a las preguntas de investigación.....	55
5.3. Limitaciones del estudio y posibles líneas futuras.....	57
6. Declaración de Uso de Herramientas de Inteligencia Artificial Generativa en Trabajos Fin de Grado	60

7. BIBLIOGRAFÍA.....	61
-----------------------------	-----------

LISTADO DE ABREVIATURAS

ÁVH: Autoridad de Protección del Estado de Hungría

EE. UU.: Estados Unidos de América

FENU: Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas

FMI: Fondo Monetario Internacional

IIGM: Segunda Guerra Mundial

ONU: Organización de las Naciones Unidas

SCUA: Asociación de Usuarios del Canal de Suez

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Justificación y relevancia del tema

La Crisis de Suez de 1956 constituye uno de los episodios más relevantes de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas debido a su impacto estructural sobre el sistema internacional surgido tras la Segunda Guerra Mundial (en adelante, IIGM). Más allá de su dimensión militar limitada, la crisis puso de manifiesto el agotamiento del orden imperial europeo y la consolidación de un sistema internacional condicionado por la lógica bipolar de la Guerra Fría (Kyle, 2003).

La nacionalización del Canal de Suez por parte del gobierno egipcio presidido por Gamal Abdel Nasser se inscribe en el contexto del proceso de descolonización y del auge del nacionalismo árabe en la década de 1950. Tal y como señala Adeed Dawisha, la política exterior egipcia de mediados de los años cincuenta estuvo orientada a romper con las estructuras de dependencia heredadas del periodo colonial y de proyectar a Egipto como un actor autónomo en el ámbito regional e internacional (Dawisha, 2016).

Desde la perspectiva europea, la crisis evidenció la persistencia de una concepción del poder internacional anclada en parámetros imperiales que ya no se correspondían con la realidad de la posguerra. Reino Unido y Francia concibieron la intervención militar como un instrumento legítimo para preservar intereses estratégicos fundamentales, subestimando su creciente dependencia política y económica de Estados Unidos (en adelante, EE. UU.) (Kennedy, 1988). El fracaso de esta intervención supuso un punto de inflexión en la percepción del papel internacional de las potencias europeas y aceleró el reconocimiento de la pérdida de su autonomía estratégica.

La relevancia de la Crisis de Suez trasciende, por tanto, el marco regional de Oriente Medio y conviene analizarla como una crisis de alcance sistémico. La presión diplomática ejercida por EE. UU. para forzar la retirada de sus aliados europeos, unida a la actitud de contención adoptada frente a la Unión Soviética (en adelante, URSS), puso de manifiesto los límites reales de la acción internacional de las potencias medias en un sistema dominado por las superpotencias (Leffler, 1992). A partir de 1956, quedó claro que cualquier conflicto de envergadura quedaba subordinado al equilibrio estratégico entre

Washington y Moscú.

Este carácter sistémico se ve reforzado por la coincidencia temporal de la Crisis de Suez con la Revolución Húngara de 1956. La simultaneidad de ambos acontecimientos permite analizar las contradicciones internas del sistema bipolar y la aplicación selectiva de los principios de soberanía y autodeterminación por parte de las superpotencias. Tal y como muestra Charles Gati, la respuesta estadounidense a la represión soviética en Hungría estuvo condicionada por consideraciones estratégicas que primaron la estabilidad del sistema internacional sobre la defensa activa de los movimientos insurgentes en Europa del Este (Gati, 2006).

Asimismo, la gestión internacional de la Crisis de Suez introdujo elementos novedosos en el funcionamiento del sistema internacional de posguerra. La intervención de la Organización de las Naciones Unidas (en adelante, ONU) y la creación de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (en adelante, FENU) constituyeron un precedente significativo en el desarrollo de los mecanismos de mantenimiento de la paz y reflejaron una transformación gradual en las formas de regulación del uso de la fuerza en las relaciones internacionales (Rikhye, 1984).

Desde una perspectiva académica, el estudio de la Crisis de Suez permite abordar cuestiones centrales de la disciplina de las relaciones internacionales, como el declive del imperialismo europeo, el impacto político de la descolonización, la consolidación de la hegemonía estadounidense y el funcionamiento real del sistema bipolar. El análisis conjunto de Suez y Hungría en 1956 ofrece, además, un marco comparado especialmente útil para comprender las tensiones entre ideología, geopolítica y multilateralismo en el contexto de la Guerra Fría (Boyle, 2005).

Finalmente, la elección de este tema responde al interés por analizar la configuración del orden internacional surgido tras la IIGM y, en particular, el papel de Oriente Medio en la dinámica de la Guerra Fría. La Crisis de Suez constituye un caso especialmente significativo para examinar el declive del poder europeo y la creciente centralidad estratégica de este espacio. La incorporación de la insurrección húngara de 1956 al análisis permite, además, establecer una perspectiva comparada entre Oriente Medio y Europa y contribuir a una comprensión más integrada del funcionamiento del

sistema internacional bipolar de esta época.

1.2. Delimitación temporal y geográfica

El presente trabajo se centra en el análisis de la Crisis de Suez y de la Revolución Húngara de 1956 como episodios clave para comprender la reconfiguración del sistema internacional en los primeros años de la Guerra Fría. Desde el punto de vista temporal, el estudio se sitúa fundamentalmente en el año 1956, considerado como un momento de especial densidad histórica en el que confluyeron tensiones coloniales, rivalidades propias de la lógica bipolar y procesos de redefinición del equilibrio de poder internacional.

No obstante, con el fin de contextualizar adecuadamente ambos acontecimientos, el marco temporal de este trabajo se amplía hacia los años inmediatamente anteriores y posteriores. En el caso de Egipto y la Crisis de Suez, el análisis se remonta al periodo comprendido entre la revolución de los Oficiales Libres en 1952 y las consecuencias políticas y diplomáticas de la crisis tras la retirada anglo-francesa a finales de 1956 y comienzos de 1957. Esta ampliación permite comprender tanto los antecedentes del conflicto (en particular la evolución de la política egipcia y la presencia europea en el Canal) como sus repercusiones en el ámbito regional e internacional (Davidi, 2006).

De manera paralela, el estudio del caso húngaro se sitúa en el contexto de la Europa del Este de mediados de la década de 1950, atendiendo a los procesos políticos que desembocaron en la insurrección de octubre de 1956 y a su represión por parte de la URSS. Aunque el análisis se concentra en los acontecimientos de ese año, se tendrán en cuenta los factores estructurales derivados de la configuración del bloque socialista tras la IIGM, así como las consecuencias políticas de la crisis en el marco del sistema bipolar.

Desde el punto de vista geográfico, el trabajo articula un enfoque comparado entre dos espacios diferenciados pero interconectados: Oriente Medio y Europa. En el primer caso, el análisis se centra en Egipto y en el área del Canal de Suez, considerados como un enclave estratégico fundamental para las potencias europeas y para la proyección internacional de EE. UU. y la URSS. En el segundo, el estudio se focaliza en Hungría como parte integrante del Bloque del Este en la Guerra Fría y como escenario representativo de

las tensiones internas del sistema soviético en Europa central.

Esta delimitación espacial permite abordar ambos episodios no como crisis aisladas, sino como manifestaciones de dinámicas comunes del sistema internacional de aquel momento. La comparación entre Oriente Medio y Europa facilita, así, una comprensión más integrada del funcionamiento del orden bipolar y de los límites de la acción de las grandes potencias en contextos regionales distintos, pero sometidos a una misma lógica estructural.

1.3. Objetivos, hipótesis y preguntas de investigación

Este Trabajo de Fin de Grado tiene como objetivo principal examinar la Crisis de Suez de 1956 como un episodio revelador de las transformaciones del sistema internacional en la fase inicial de la Guerra Fría. El trabajo parte de la premisa de que dicho conflicto permite observar, de forma especialmente clara, la pérdida de capacidad de actuación autónoma de las potencias europeas y la consolidación de un orden internacional condicionado por la primacía de las superpotencias estadounidense y soviética.

A partir de este planteamiento general, el trabajo persigue varios objetivos específicos. En primer lugar, analizar la Crisis de Suez como manifestación del declive del poder imperial europeo y de la redefinición de las relaciones entre Europa y Oriente Medio. En segundo lugar, estudiar la gestión internacional del conflicto, prestando atención al papel desempeñado por EE. UU., la URSS y los organismos multilaterales en un contexto marcado por la lógica bipolar. En tercer lugar, incorporar el caso de la insurrección húngara de 1956 con el fin de ampliar el análisis hacia el ámbito europeo y evaluar el funcionamiento del sistema internacional en escenarios regionales distintos, pero estructuralmente interconectados.

La hipótesis central que guía este trabajo sostiene que la Crisis de Suez de 1956 constituyó un punto de inflexión en el sistema internacional de la época al evidenciar de manera definitiva la pérdida de autonomía estratégica de las potencias europeas y confirmar la preponderancia de las superpotencias en la gestión de los principales conflictos internacionales. Desde esta perspectiva, Suez no solo supuso una derrota política

para Reino Unido, Francia e Israel, sino que puso de manifiesto una transformación más profunda en la estructura del poder internacional.

De forma complementaria, se plantea como hipótesis secundaria que el análisis comparado de la Crisis de Suez y la Revolución Húngara de 1956 permite comprender con mayor claridad los límites reales del sistema bipolar y la aplicación selectiva de los principios del orden internacional, en función de los intereses estratégicos de estadounidenses y soviéticos, y del espacio geográfico en el que se desarrollaron los acontecimientos.

Estas hipótesis se concretan en una serie de preguntas de investigación que orientan el desarrollo del trabajo. En primer lugar, ¿en qué medida la Crisis de Suez puso de manifiesto el agotamiento del poder imperial europeo y la redefinición de su papel en el sistema internacional? En segundo lugar, ¿cómo condicionaron las dinámicas propias de la Guerra Fría la respuesta de las superpotencias y la gestión multilateral del conflicto? En tercer lugar, ¿qué aporta el estudio comparado de Suez y Hungría para comprender el funcionamiento efectivo del sistema internacional bipolar y los límites de la acción internacional en contextos regionales diferenciados?

1.4. Metodología y fuentes empleadas

El enfoque adoptado durante este trabajo se basa en una metodología de carácter histórico-analítico, propia del estudio de las relaciones internacionales, que combina el análisis de acontecimientos históricos concretos con la interpretación de sus implicaciones estructurales en el sistema internacional del momento. Desde una perspectiva cualitativa, el trabajo se apoya fundamentalmente en la revisión crítica de la literatura académica especializada, con el objetivo de identificar las principales dinámicas de poder, los intereses de los actores implicados y las transformaciones del orden internacional en el periodo considerado.

Desde esta perspectiva, el trabajo se articula en torno a un estudio de caso principal, la Crisis de Suez, complementado por un análisis comparado con la Revolución Húngara de 1956. Esta aproximación comparada no persigue establecer paralelismos directos entre

ambos acontecimientos, sino situarlos dentro de un mismo marco sistémico, con el fin de analizar cómo la lógica bipolar de la Guerra Fría condicionó la gestión de crisis en contextos regionales distintos y puso de manifiesto los límites de la acción internacional de las grandes potencias.

El trabajo se basa principalmente en fuentes secundarias de carácter historiográfico y en estudios académicos de análisis político e internacional. En el caso de la Crisis de Suez, se emplean estudios especializados centrados en el declive del poder imperial europeo, el nacionalismo árabe, la política exterior de las potencias implicadas y el papel de los organismos internacionales. Para el análisis del caso húngaro, se recurre a obras que abordan tanto el desarrollo político de la insurrección como su inserción en el contexto de la Europa del Este y de la Guerra Fría. Estas fuentes permiten situar ambos episodios dentro de debates historiográficos consolidados y evitar una aproximación meramente descriptiva de los acontecimientos.

Asimismo, el trabajo incorpora literatura de carácter teórico y conceptual procedente del ámbito de las relaciones internacionales y de la historia global, con el fin de dotar al análisis de un marco interpretativo sólido. Conceptos como imperialismo, descolonización, hegemonía, bipolaridad o multilateralismo se emplean como herramientas analíticas para interpretar los hechos históricos y sus implicaciones en la estructura del sistema internacional, sin imponer un único modelo teórico cerrado.

Finalmente, se utilizan de forma complementaria fuentes de carácter documental y ensayístico que permiten contextualizar determinados aspectos políticos, económicos o estratégicos de los casos analizados. Estas fuentes se emplean de manera selectiva y crítica, siempre subordinadas al análisis académico y en diálogo con la literatura especializada, con el objetivo de reforzar la coherencia y el rigor del trabajo.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN Y MARCO TEÓRICO

2.1. Estado de la cuestión: Crisis de Suez de 1956

La Crisis de Suez de 1956 ha dado lugar a una historiografía amplia y diversa precisamente porque el episodio puede ser interpretado desde perspectivas nacionales, regionales y sistémicas que no siempre conducen a conclusiones coincidentes. Lejos de existir un consenso interpretativo único, la literatura académica ha tendido a fragmentarse en torno a enfoques que privilegian distintos actores y niveles de análisis: el declive del poder europeo, la afirmación del nacionalismo árabe, las lógicas de seguridad regional, la gestión de la alianza atlántica o el funcionamiento del sistema bipolar. En este sentido, el estado de la cuestión no persigue reconstruir los acontecimientos de 1956, sino identificar y analizar críticamente las principales interpretaciones historiográficas que han intentado explicar el significado y las consecuencias de la crisis. El recorrido que sigue se articula en torno a las distintas perspectivas nacionales y al enfoque sistémico (estadounidense y soviético) desde las que Suez ha sido estudiado.

2.1.1. Perspectiva británica

Desde la perspectiva británica, la Crisis de Suez ha sido interpretada de forma predominante como el momento en el que se hizo visible, de manera abrupta, la pérdida de autonomía estratégica del Reino Unido en el sistema internacional de posguerra. Esta línea historiográfica parte de la premisa de que la política exterior británica de mediados de la década de 1950 seguía anclada en una concepción del poder heredada del periodo imperial, en la que el control de enclaves estratégicos como el Canal de Suez se consideraba indispensable para mantener el estatus de gran potencia. Sin embargo, la crisis puso de manifiesto la distancia entre esas aspiraciones y las capacidades reales del Reino Unido en un contexto marcado por la dependencia económica y financiera respecto a EE. UU.

Keith Kyle es uno de los autores que ha desarrollado esta interpretación con mayor claridad. En su análisis, Suez aparece como una prueba decisiva de que el Reino Unido ya no podía actuar de forma independiente en cuestiones estratégicas de primer orden sin el respaldo explícito de Washington. Kyle subraya que la intervención anglo-francesa no

fracasó por una inferioridad militar inmediata, sino porque se desarrolló en un entorno internacional en el que EE. UU. controlaba los principales instrumentos de poder económico y diplomático necesarios para sostener una operación de esa magnitud (Kyle, 2003). Desde esta óptica, el desenlace de la crisis no sería tanto el resultado de un error táctico como la consecuencia estructural de una jerarquía de poder ya consolidada dentro del Bloque Occidental.

Esta interpretación se ha visto reforzada por una línea historiográfica que desplaza el foco desde la dimensión militar hacia la dimensión económica y financiera del conflicto. James Boughton ha argumentado que la vulnerabilidad británica durante la crisis fue fundamentalmente monetaria y que la presión ejercida por EE. UU., especialmente a través de su negativa inicial a facilitar apoyo financiero internacional, desempeñó un papel decisivo en la retirada británica. Según Boughton, la crisis de la libra esterlina y la amenaza de una fuga masiva de capitales colocaron al gobierno británico en una posición insostenible, demostrando que la capacidad de Londres para sostener una política exterior autónoma estaba condicionada por el funcionamiento del sistema monetario internacional de posguerra (Boughton, 2001).

Desde esta perspectiva, Suez ha sido interpretada incluso como un antecedente temprano de la diplomacia económica contemporánea, en la que la coerción financiera puede resultar más eficaz que el uso directo de la fuerza militar. La relevancia de esta lectura radica en que redefine el significado del “declive imperial”: no se trataría únicamente de una pérdida de territorios o de influencia política, sino de una transformación profunda de los mecanismos a través de los cuales se ejerce el poder internacional. El Reino Unido habría conservado todavía una capacidad militar significativa, pero habría perdido la autonomía necesaria para emplearla sin incurrir en costes económicos inasumibles.

No obstante, esta interpretación no está exenta de críticas dentro de la propia historiografía británica. Algunos autores han señalado que centrar el análisis exclusivamente en la presión estadounidense corre el riesgo de minimizar los errores de cálculo cometidos por los propios dirigentes británicos. En este sentido, Diane Kunz ha destacado que la política británica en Suez se vio lastrada por una serie de suposiciones erróneas, entre ellas la creencia de que EE. UU. terminaría respaldando la intervención por

razones de solidaridad atlántica o de contención del comunismo. Kunz argumenta que estas expectativas reflejaban una comprensión insuficiente de las prioridades estratégicas estadounidenses y contribuyeron a agravar el aislamiento británico cuando la crisis se internacionalizó (Kunz, 1991).

Este debate historiográfico introduce un matiz importante: Suez no sería únicamente una demostración de dependencia estructural, sino también un caso paradigmático de mala adaptación estratégica a un sistema internacional en transformación. Desde esta óptica, el Reino Unido no solo habría sido “superado” por las nuevas reglas del juego, sino que habría interpretado de forma incorrecta la naturaleza de su relación con EE. UU. y el funcionamiento de la alianza occidental en un contexto de Guerra Fría avanzada.

Finalmente, una parte de la literatura ha insistido en que la perspectiva británica no puede comprenderse plenamente sin tener en cuenta las consecuencias políticas y simbólicas de la crisis. Peter Boyle, al analizar la relación entre Suez y la insurrección húngara de 1956, sostiene que la intervención anglo-francesa debilitó gravemente la posición moral de Occidente en el escenario internacional y redujo la eficacia del discurso occidental sobre soberanía y autodeterminación en un momento clave de la Guerra Fría (Boyle, 2005). Desde esta lectura, Suez no solo marcó un punto de inflexión en la política exterior británica, sino que contribuyó a erosionar la legitimidad internacional del Bloque Occidental en su conjunto.

En conjunto, la perspectiva británica presenta la Crisis de Suez como un episodio en el que confluyen declive estructural, dependencia económica, errores de cálculo político y pérdida de legitimidad internacional. Lejos de ofrecer una interpretación unívoca, la historiografía británica ha generado un debate complejo que oscila entre explicaciones estructurales y explicaciones centradas en la agencia política, y que sitúa a Suez como un laboratorio privilegiado para analizar la transición del Reino Unido desde una potencia imperial hacia un actor subordinado dentro del orden bipolar.

2.1.2. Perspectiva francesa

La historiografía que aborda la Crisis de Suez desde la perspectiva francesa ha tendido a construir una interpretación distinta, aunque parcialmente convergente, de la británica, al situar el conflicto menos en términos de declive financiero inmediato y más como expresión de una crisis política del proyecto imperial francés en el contexto de la descolonización. Desde este enfoque, la participación de Francia en la intervención de 1956 no puede entenderse únicamente como una reacción a la nacionalización del Canal de Suez, sino como parte de una estrategia más amplia orientada a frenar la proyección regional de Gamal Abdel Nasser y a contener los efectos políticos del nacionalismo árabe sobre los territorios coloniales franceses, en particular Argelia.

Una parte significativa de la literatura subraya que, para los responsables políticos franceses, Suez se inscribía en un escenario de guerra colonial abierta. En este sentido, la crisis del canal coincidía con una intensificación del conflicto argelino, lo que condicionó profundamente la percepción francesa de Nasser como actor desestabilizador. Efraim Davidi sostiene que el gobierno de Guy Mollet¹ interpretó el liderazgo egipcio no solo como un desafío estratégico en Oriente Medio, sino como un factor que contribuía activamente a internacionalizar y legitimar los movimientos anticoloniales en el norte de África (Davidi, 2006). Desde esta óptica, la intervención en Suez adquiriría un significado que trascendía el control de una infraestructura estratégica: se trataba de un intento de preservar la credibilidad imperial francesa frente a un proceso de descolonización percibido como amenaza existencial.

Este énfasis en la dimensión política y colonial distingue claramente la lectura francesa de otras interpretaciones centradas en la economía o en la alianza atlántica. Mientras que la historiografía británica ha tendido a subrayar la dependencia financiera respecto a EE. UU., la literatura francesa ha insistido en la lógica de poder y en la necesidad de actuar de manera decidida para evitar un efecto dominó en el mundo colonial. En esta línea, Davidi destaca que la cooperación con Reino Unido e Israel no fue el resultado de

¹ Guy Mollet fue el primer ministro de Francia entre 1956 y 1957 y líder del Partido Socialista Francés. Durante su mandato, Francia desempeñó un papel central en la intervención tripartita en Suez, en un contexto en el que el gobierno francés interpretaba la crisis egipcia y la guerra de Argelia como dos frentes del mismo conflicto anticolonial.

una improvisación coyuntural, sino de una convergencia estratégica basada en intereses compartidos: para Francia, neutralizar a Nasser significaba debilitar un foco de legitimación del anticolonialismo; para Israel, reducir una amenaza regional; y para el Reino Unido, recuperar influencia en un enclave crítico (Davidi, 2006).

No obstante, esta interpretación “estratégica” de la intervención francesa ha sido matizada por trabajos que subrayan los límites de dicha racionalidad. Desde una perspectiva crítica, algunos autores han señalado que la política francesa en Suez estuvo marcada por una sobreestimación de su capacidad para controlar las consecuencias internacionales de una acción militar en un sistema internacional cada vez más normativizado. En este sentido, la intervención anglofrancesa habría ignorado el peso creciente de la legitimidad internacional, del multilateralismo y de la opinión pública global, factores que adquirirían una relevancia creciente en la dinámica de la Guerra Fría.

La dimensión jurídico-política del conflicto ocupa también un lugar relevante en la historiografía francesa y europea. Luis García Arias, escribiendo en el contexto inmediato de la crisis, analiza las propuestas francesas para internacionalizar la gestión del canal y subraya que la posición de París se apoyaba en una interpretación específica del derecho internacional, según la cual la soberanía territorial egipcia debía compatibilizarse con el principio de libre navegación consagrado en la Convención de Constantinopla de 1888² (García Arias, 1956). Esta lectura jurídica permitía a Francia presentar su actuación no solo como defensa de intereses nacionales, sino como protección de un régimen internacional de comunicaciones considerado vital para el comercio y la seguridad europeos. Historiográficamente, este argumento resulta relevante porque muestra cómo el discurso jurídico fue instrumentalizado para dotar de legitimidad a una intervención que, en términos políticos, se enfrentaba a un contexto internacional crecientemente adverso.

La historiografía más reciente ha tendido a integrar estas distintas dimensiones (colonial, estratégica y jurídica) para ofrecer una interpretación más compleja de la actuación francesa. Matthew Connelly, en su análisis del proceso de descolonización argelina, sitúa Suez dentro de un patrón más amplio de respuestas imperiales defensivas

² La Convención de Constantinopla de 1888 fue el tratado internacional que estableció el régimen jurídico del Canal de Suez como vía de agua abierta y neutral, garantizando la libre navegación por el canal en tiempo de paz y de guerra a todos los buques, sin distinción de pabellón.

frente a la erosión del control colonial, subrayando que la crisis evidenció la incapacidad de Francia para adaptar su política exterior a un entorno internacional en el que los imperios europeos ya no podían recurrir de forma eficaz al uso unilateral de la fuerza (Connelly, 2002). Desde esta perspectiva, Suez aparece menos como una anomalía y más como un síntoma de una crisis estructural del proyecto imperial francés.

Asimismo, algunos trabajos han señalado que la experiencia de Suez tuvo un impacto duradero en la cultura estratégica francesa, reforzando la percepción de vulnerabilidad frente a la dependencia de aliados externos y contribuyendo, a medio plazo, a una reorientación de la política de defensa y de la concepción de la soberanía estratégica. Aunque esta evolución se materializaría plenamente en décadas posteriores, la historiografía identifica en Suez uno de los episodios que alimentaron el cuestionamiento francés del liderazgo estadounidense dentro del Bloque Occidental.

En resumen, la perspectiva francesa presenta la Crisis de Suez como un episodio en el que confluyen la defensa de un orden imperial en descomposición, la lógica de contención del nacionalismo árabe y una lectura jurídica del sistema internacional que buscaba legitimar la intervención. Lejos de ser una mera réplica de la política británica, la actuación francesa responde a una racionalidad propia, profundamente marcada por la experiencia colonial y por la percepción de que el equilibrio de poder en el Mediterráneo y el norte de África estaba entrando en una fase crítica. La historiografía francesa, al subrayar estos elementos, contribuye a complejizar el análisis de Suez y a mostrar que la crisis no puede entenderse plenamente sin integrar las distintas trayectorias imperiales europeas en el proceso de reconfiguración del orden internacional de la posguerra.

2.1.3. Perspectiva israelí

La Crisis de Suez desde la perspectiva israelí ha sido interpretada por los diferentes autores primordialmente en términos de seguridad regional y de equilibrio militar, más que como un episodio vinculado al declive imperial europeo o a los procesos de descolonización. Desde este punto de vista, el conflicto de 1956 se inserta en una secuencia de tensiones acumuladas entre Israel y Egipto desde el final de la guerra árabe-israelí de

1948³, caracterizada por incidentes fronterizos, ataques de los fedayines⁴ procedentes de Gaza, restricciones a la navegación israelí y una creciente percepción de vulnerabilidad estratégica por parte del Estado israelí. En consecuencia, la intervención en la península del Sinaí ha sido analizada en la literatura israelí no como un apéndice de la operación anglo-francesa, sino como una acción con racionalidad propia dentro de una lógica de seguridad nacional.

Una parte relevante de esta historiografía subraya que, desde la óptica israelí, la nacionalización del Canal de Suez no se interpretó tanto como un problema jurídico o económico, sino más como un indicio del fortalecimiento regional de Egipto bajo el liderazgo de Nasser. Davidi señala que, para las autoridades israelíes, el auge del poder egipcio y su retórica hostil se percibían como una amenaza directa, especialmente en un contexto marcado por el bloqueo del estrecho de Tirán⁵ y la presencia de fuerzas egipcias en Gaza (Davidi, 2006). Desde esta perspectiva, la operación militar en el Sinaí respondía a la necesidad de neutralizar un entorno estratégico considerado cada vez más desfavorable y de modificar, aunque fuera temporalmente, el equilibrio militar regional.

Otro eje central del debate historiográfico gira en torno al carácter defensivo u oportunista de la intervención israelí. Algunos estudios han destacado que la operación, conocida como *Kadesh*, fue presentada oficialmente como una respuesta a provocaciones egipcias y como un esfuerzo por garantizar la libertad de navegación y la seguridad de las fronteras israelíes. Sin embargo, esta interpretación ha sido matizada por trabajos que

³ La guerra árabe-israelí fue un conflicto bélico desencadenado el 14 de mayo de 1948, un día después de la proclamación del Estado de Israel, cuando los ejércitos de Egipto, Transjordania, Siria, Iraq y Líbano intervinieron militarmente contra el nuevo Estado. La derrota árabe, dejó a Israel en control de territorios más amplios que los asignados por el plan de partición de la ONU de 1947, y generó el problema de los refugiados palestinos que condicionaría la política regional durante décadas.

⁴ Los fedayines (del árabe *fidā'ī*, “el que se sacrifica”) fueron grupos armados palestinos que, operando principalmente desde la Franja de Gaza bajo administración egipcia, realizaron ataques contra Israel y contribuyeron a la escalada de tensiones previa a la Crisis de Suez de 1956.

⁵ El estrecho de Tirán es el paso marítimo que conecta el golfo de Áqaba con el mar Rojo, y constituye el único acceso marítimo del puerto israelí de Eilat. Egipto bloqueó el paso a la navegación israelí desde 1950, impidiendo el acceso de Israel a los mercados de Asia y África oriental y convirtiéndose en uno de los principales focos de tensión entre Israel y Egipto en los años previos a la Crisis de Suez.

constatan el grado de planificación previa y coordinación con Reino Unido y Francia. Davidi documenta la existencia de acuerdos secretos alcanzados en Sèvres, que establecieron una secuencia precisa de acciones militares y diplomáticas, lo que sugiere que la intervención israelí no fue una reacción aislada, sino parte de una estrategia concertada con las potencias europeas (Davidi, 2006).

Este punto ha generado un debate historiográfico significativo sobre el grado de autonomía de la decisión israelí. Mientras que algunas interpretaciones insisten en que Israel actuó fundamentalmente en función de sus propios intereses de seguridad, otras señalan que la convergencia con los objetivos anglofranceses introdujo una dimensión instrumental en la actuación israelí. Desde esta segunda lectura, la operación en el Sinaí habría servido simultáneamente a objetivos nacionales como debilitar la posición militar egipcia y asegurar determinadas garantías estratégicas, y a una estrategia más amplia destinada a crear el pretexto para la intervención europea. La historiografía no ofrece una respuesta rotunda a esta cuestión, pero coincide en destacar que la coordinación previa condiciona cualquier interpretación puramente defensiva del comportamiento israelí.

La literatura israelí y crítica también ha prestado atención al papel del discurso y de la legitimación pública durante la crisis. Davidi analiza cómo determinados episodios fueron presentados ante la opinión pública israelí e internacional como pruebas de agresión egipcia, reforzando una narrativa de autodefensa que facilitó la aceptación interna de la operación militar (Davidi, 2006). Este énfasis en la construcción discursiva del conflicto resulta relevante desde el punto de vista historiográfico, ya que muestra cómo la dimensión comunicativa formó parte integral de la estrategia, complementando la acción militar sobre el terreno.

Desde una perspectiva más amplia, algunos autores han situado la actuación israelí en Suez dentro del proceso de consolidación del Estado israelí como actor militar regional. En este sentido, la crisis habría tenido efectos duraderos al demostrar la capacidad operativa del ejército israelí y al reforzar la percepción de que la iniciativa militar podía ser un instrumento eficaz para modificar equilibrios estratégicos desfavorables. No obstante, esta lectura se ve contrapesada por algunos análisis que subrayan los límites del éxito israelí, señalando que las ganancias militares obtenidas en el Sinaí fueron en gran medida temporales y que el desenlace político de la crisis quedó condicionado por

decisiones adoptadas por las grandes potencias.

En resumen, la perspectiva israelí interpreta la Crisis de Suez como un episodio central en la evolución de la seguridad regional de Oriente Medio y en la definición de la estrategia israelí frente a Egipto. Frente a las lecturas europeas y egipcias, esta historiografía pone el acento en la lógica de la amenaza, la planificación militar y la necesidad de garantizar la supervivencia del Estado judío en un entorno hostil. Al mismo tiempo, los debates en torno a la coordinación con las potencias europeas y a la construcción discursiva del conflicto revelan la complejidad de la actuación israelí y la dificultad de encasillarla en categorías simples de reacción defensiva o de oportunismo estratégico (Davidi, 2006).

2.1.4. Perspectiva egipcia

Los estudios que abordan la Crisis de Suez desde el punto de vista egipcio suelen interpretar el episodio como un momento decisivo de afirmación política y simbólica, inscrito en un proceso más amplio de descolonización y transformación del equilibrio regional en Oriente Medio. Frente a las lecturas europeas centradas en el fracaso de la intervención militar o en el declive del poder imperial, esta perspectiva desplaza el foco hacia la capacidad de Egipto para redefinir su posición internacional y convertir una confrontación inicialmente desfavorable en una victoria política de largo alcance. En este marco interpretativo, el Canal de Suez no aparece únicamente como una infraestructura estratégica, sino como un elemento central en la disputa por la soberanía, la legitimidad y el liderazgo regional.

Una de las interpretaciones más influyentes dentro de esta perspectiva entiende la actuación egipcia en 1956 como parte de un proceso más amplio de redefinición de la soberanía en contextos postcoloniales. Desde este enfoque, la nacionalización del Canal de Suez no se explica como una reacción coyuntural, sino como una decisión estratégica orientada a transformar una relación de dependencia heredada del periodo colonial en una nueva posición de autonomía condicionada. Desde un marco más amplio sobre la descolonización, Frederick Cooper ha señalado que los Estados postcoloniales recurrieron con frecuencia a decisiones de alto impacto político y económico para renegociar su

inserción en el sistema internacional y ampliar su margen de maniobra frente a actores más poderosos (Cooper, 2005). En este sentido, la nacionalización del canal combinó objetivos materiales y simbólicos: el control de un recurso estratégico, la afirmación de la soberanía nacional y la proyección internacional de Egipto como actor político autónomo.

La historiografía que adopta este enfoque ha prestado especial atención a la figura de Gamal Abdel Nasser como elemento articulador de esta estrategia. Joel Gordon ha mostrado cómo la Crisis de Suez desempeñó un papel central en la construcción del liderazgo nasserista, al permitir transformar una situación de vulnerabilidad militar en un relato de resistencia frente al imperialismo (Gordon, 2006). En esta lectura, el desenlace político de la crisis (la retirada de las fuerzas anglo-francesas y la permanencia del régimen de Nasser) resulta más relevante que el desarrollo estrictamente militar de los acontecimientos. La crisis contribuyó así a consolidar la imagen de Nasser como referente del nacionalismo árabe y a reforzar su legitimidad tanto a nivel interno como regional, un aspecto que explica por qué Suez ocupa un lugar tan destacado en la memoria histórica egipcia.

Otro eje fundamental de esta perspectiva historiográfica es el análisis del discurso de soberanía y legalidad internacional articulado por Egipto durante la crisis. Algunos autores han subrayado que la nacionalización del Canal de Suez fue presentada desde El Cairo como una medida compatible con el derecho internacional, en la medida en que la Compañía del Canal operaba bajo jurisdicción egipcia y que el régimen de libre navegación no fue formalmente abolido. García Arias destaca cómo la posición egipcia trató de establecer una distinción clara entre la propiedad de la infraestructura y el estatuto internacional del canal como vía de comunicación, con el objetivo de neutralizar las acusaciones de ilegalidad formuladas por Reino Unido y Francia (García Arias, 1956). Historiográficamente, este punto resulta relevante porque muestra que la estrategia egipcia no se limitó a un desafío político, sino que incorporó de forma consciente un marco jurídico destinado a reforzar su legitimidad internacional.

La literatura árabe también ha situado la Crisis de Suez dentro de una dinámica más amplia de competencia entre potencias en el mundo postcolonial. Desde esta perspectiva, la crisis aparece como un momento en el que Egipto logra explotar las tensiones del sistema bipolar para ampliar su margen de autonomía, evitando una

alineación plena con cualquiera de los dos bloques. Dawisha enfatiza que la política de no alineamiento y la búsqueda de apoyos alternativos constituyeron elementos estructurales de la estrategia de Nasser, y que Suez reforzó la percepción de que era posible desafiar a las antiguas potencias coloniales sin quedar automáticamente subordinado a una superpotencia (Dawisha, 2016). Esta interpretación contribuye a explicar por qué Egipto emergió de la crisis con un prestigio internacional significativamente reforzado, pese a su debilidad militar relativa.

No obstante, la historiografía no ha adoptado una visión exclusivamente celebratoria del caso egipcio. Algunos estudios han señalado que, aunque la Crisis de Suez permitió ampliar la visibilidad y la influencia regional de Egipto, también introdujo nuevas formas de dependencia, en particular en relación con la URSS. Desde esta óptica, la ampliación del margen de maniobra egipcio habría sido parcial y condicionada por las dinámicas propias de la Guerra Fría, lo que obliga a matizar la idea de una autonomía plena. Esta línea interpretativa no cuestiona el carácter afirmativo de la nacionalización, pero subraya que el éxito político de Suez se desarrolló dentro de un entorno estructural que imponía límites claros a la acción de los Estados postcoloniales.

En definitiva, la perspectiva egipcia presenta la Crisis de Suez como un episodio central del proceso de descolonización y de construcción del liderazgo político en Oriente Medio. Frente a las interpretaciones europeas centradas en el declive imperial o en la crisis de la alianza atlántica, esta historiografía enfatiza la capacidad de Egipto para redefinir su posición internacional, movilizar apoyos regionales y transformar una confrontación militar adversa en una victoria política y simbólica (Dawisha, 2016). La coexistencia de estas lecturas divergentes refuerza la idea de que Suez no puede entenderse desde una única lógica interpretativa y subraya la necesidad de integrar las perspectivas nacionales en un análisis más amplio del sistema internacional de la posguerra.

2.1.5. Perspectiva estadounidense

El análisis de la Crisis de Suez desde la perspectiva estadounidense ha tendido a situar el episodio en un plano sistémico, interpretándolo como una prueba del funcionamiento del orden bipolar y de los límites de la acción de las potencias intermedias

en el contexto de la Guerra Fría. Desde este enfoque, Suez se entiende menos como un conflicto regional o colonial y más como una crisis internacional que afectaba directamente a la estabilidad del sistema global y a la cohesión del Bloque Occidental.

Una de las líneas historiográficas influyentes ha subrayado que la reacción de la administración Eisenhower respondió a la prioridad de preservar la cohesión del Bloque Occidental y evitar que la crisis empujara a Egipto hacia una alineación más estrecha con la URSS. Desde esta perspectiva, el rechazo de Washington a respaldar la intervención anglo-francesa no se explica por una oposición de principio al uso de la fuerza, sino por el temor a que una acción percibida como neocolonial socavara la posición occidental en el mundo árabe y en el ámbito del llamado Tercer Mundo. Melvyn Leffler sitúa la actuación estadounidense dentro de una lógica de “gestión del orden”, en la que la contención del bloque soviético y la estabilidad global primaron sobre la solidaridad automática con los aliados europeos (Leffler, 1992).

Este enfoque se ha visto reforzado por estudios que destacan el uso deliberado de instrumentos económicos y financieros como parte central de la estrategia estadounidense. Kunz ha mostrado que la presión ejercida sobre el Reino Unido, en particular a través de la negativa a facilitar apoyo financiero inmediato y de la utilización de los mecanismos del sistema monetario internacional, fue decisiva para forzar el fin de la intervención militar. Desde esta lectura, Suez se convierte en un caso paradigmático de *economic statecraft*, en el que EE. UU. emplea su posición dominante en el sistema financiero internacional para disciplinar a sus aliados y reafirmar su liderazgo dentro del Bloque Occidental (Kunz, 1991).

La historiografía también ha subrayado que la postura estadounidense estuvo condicionada por consideraciones de legitimidad y multilateralismo. Diversos autores han señalado que Washington percibió la intervención anglofrancesa como incompatible con el discurso occidental de defensa de la soberanía y la autodeterminación, especialmente en un contexto marcado por la insurrección húngara. Boyle ha argumentado que la simultaneidad de ambas crisis generó un serio problema de coherencia para Occidente, ya que la condena de la represión soviética en Europa del Este quedaba debilitada por la actuación militar de sus propios aliados en Egipto (Boyle, 2005). Esta dimensión propagandística y normativa resulta clave para comprender la dureza de la reacción

estadounidense frente a Londres y París.

En conjunto, la perspectiva estadounidense interpreta la Crisis de Suez como una prueba del funcionamiento efectivo del sistema bipolar y de la superioridad estratégica de Washington dentro del Bloque Occidental. La crisis evidenció que la estabilidad global y la contención de la URSS prevalecían sobre los intereses coloniales europeos, y que EE. UU. estaba dispuesto a utilizar instrumentos económicos, financieros y diplomáticos para imponer esa prioridad incluso frente a sus propios aliados. Suez confirmó así la jerarquía real de poder en el seno del Bloque Occidental y la centralidad del liderazgo estadounidense en la gestión de crisis internacionales.

2.1.6. Perspectiva soviética

Desde la perspectiva soviética, la Crisis de Suez ha sido interpretada principalmente como una oportunidad estratégica para ampliar la influencia de la URSS en Oriente Medio y para erosionar la posición internacional de las potencias occidentales. A diferencia de la lectura estadounidense, centrada en la cohesión del bloque atlántico, la historiografía sobre Moscú subraya la dimensión propagandística y geopolítica del episodio.

La historiografía coincide en señalar que Moscú explotó hábilmente la intervención anglofrancesa para presentarse como defensora de la soberanía de los Estados postcoloniales y del principio de no injerencia, reforzando su imagen en el mundo árabe y en los foros internacionales. Boyle destaca que la crisis permitió a la URSS desplazar el foco de atención internacional desde Hungría hacia Suez, reduciendo el coste político de su intervención en Europa del Este y debilitando la capacidad occidental de capitalizar propagandísticamente la represión en Budapest (Boyle, 2005).

No obstante, algunos estudios han matizado la idea de una estrategia soviética plenamente coherente y planificada. Desde esta óptica, la actuación de Moscú habría estado marcada tanto por oportunidades imprevistas como por limitaciones estructurales, derivadas del riesgo de escalada con EE. UU. y de la necesidad de evitar una confrontación directa. Esta interpretación subraya que, aunque la URSS obtuvo beneficios políticos y

simbólicos de la crisis, su margen de maniobra estuvo condicionado por el equilibrio nuclear emergente y por la voluntad de preservar una cierta estabilidad sistémica.

En síntesis, la perspectiva soviética presenta la Crisis de Suez como una oportunidad estratégica para ampliar su influencia en Oriente Medio y reforzar su imagen como defensora del anticolonialismo frente a las antiguas potencias europeas. El episodio permitió a Moscú erosionar la legitimidad occidental y proyectar su discurso de soberanía y no injerencia en el mundo postcolonial. Suez confirmó así que la competencia bipolar se desarrollaba también en el terreno político y simbólico, donde la batalla por la influencia en el mundo postcolonial adquiriría una importancia creciente.

Para finalizar, la revisión historiográfica de la Crisis de Suez pone de relieve la coexistencia de interpretaciones divergentes de los hechos y sus consecuencias. Mientras que las perspectivas británica y francesa han enfatizado el declive del poder imperial europeo y las dificultades de adaptación al nuevo orden internacional, la aproximación israelí ha situado el conflicto en una lógica de seguridad regional y la lectura egipcia lo ha interpretado como un momento clave del proceso de descolonización y afirmación nacional. Por su parte, los enfoques estadounidense y soviético han entendido la crisis como una manifestación del funcionamiento real del sistema bipolar y de la jerarquía efectiva de poder en la Guerra Fría. Al mismo tiempo, Suez evidenció la centralidad creciente de factores como la legitimidad internacional, el multilateralismo y la opinión pública global, anticipando dinámicas que adquirirían mayor relevancia en las décadas posteriores. Esta pluralidad interpretativa no solo refleja la complejidad del acontecimiento, sino que justifica la necesidad de un enfoque comparado que permita situar la Crisis de Suez dentro de una reconfiguración más amplia del orden internacional de la posguerra.

2.2. Estado de la cuestión: Revolución Húngara de 1956

La Revolución Húngara de 1956 ha sido ampliamente estudiada por la historiografía como uno de los episodios más significativos de contestación al dominio soviético en Europa del Este durante la Guerra Fría. A diferencia de la Crisis de Suez, cuyo análisis historiográfico se articula a partir de múltiples perspectivas nacionales, el caso

húngaro ha sido abordado principalmente desde debates transversales centrados en la naturaleza del levantamiento, las causas de la intervención soviética y las implicaciones sistémicas del episodio. En este sentido, la literatura ha tendido a situar Hungría 1956 como un acontecimiento clave para comprender tanto los límites de la desestalinización, como el funcionamiento real de las esferas de influencia en el orden bipolar (Gati, 2006).

Un primer eje del debate historiográfico se ha centrado en las causas del levantamiento. Numerosos estudios coinciden en señalar que la insurrección no puede entenderse como un estallido espontáneo aislado, sino como el resultado de tensiones acumuladas en el plano político, económico y social tras la imposición del modelo estalinista en Hungría después de 1945. Gati subraya que la combinación de represión política, deterioro económico y crisis de legitimidad del régimen generó un clima de descontento estructural que encontró una oportunidad de expresión en el contexto abierto por la desestalinización iniciada tras la muerte de Iósif Stalin (Gati, 2006). Desde esta perspectiva, el levantamiento aparece como la manifestación de un conflicto latente entre el régimen prosoviético y amplios sectores de la sociedad húngara.

Un segundo bloque interpretativo ha abordado la naturaleza política e ideológica de la insurrección. Frente a lecturas tempranas que la caracterizaron como una contrarrevolución anticomunista, una parte relevante de la historiografía posterior ha cuestionado esta simplificación. Autores como Ferenc Fehér, Agnes Heller y György Márkus han insistido en que muchas de las demandas formuladas durante el levantamiento apuntaban a una reforma profunda del sistema socialista, más que a una ruptura inmediata con él, incorporando elementos de soberanía nacional, pluralismo político y libertades civiles (Fehér, Heller & Márkus, 1983). Esta interpretación resalta que el movimiento fue mucho más complejo de lo que sugerían las visiones simplistas de la Guerra Fría.

Otro eje central del estado de la cuestión se refiere a la decisión soviética de intervenir militarmente. La historiografía ha debatido si la intervención respondió principalmente a factores internos húngaros o a consideraciones estratégicas de alcance más amplio. Mark Kramer ha argumentado que la reacción de Moscú estuvo condicionada por el temor a un efecto contagio en otros Estados del bloque socialista y por la necesidad de preservar la cohesión del sistema soviético en Europa del Este (Kramer, 1998). Desde este enfoque, Hungría 1956 no se interpreta como un caso aislado, sino como una amenaza

potencial al equilibrio del bloque, lo que explica la dureza de la respuesta soviética.

La literatura también ha prestado atención al papel de las potencias occidentales y, en particular, a los límites de su actuación frente al levantamiento. Existe un amplio consenso en que EE. UU. y sus aliados evitaron una intervención directa, priorizando la estabilidad del sistema internacional y el respeto implícito de las esferas de influencia. Gati destaca que, pese a la retórica de apoyo a la autodeterminación, no existía una voluntad real de alterar el *statu quo* europeo, lo que contribuyó a aislar internacionalmente a los insurgentes húngaros (Gati, 2006). Esta lectura resulta clave para comprender la dimensión sistémica del episodio y su inserción en la lógica de la Guerra Fría.

Sin embargo, algunos trabajos señalan cómo la interpretación de la revolución estuvo condicionada por los marcos discursivos y propagandísticos de la época. Tanto Occidente como la URSS tendieron a simplificar el significado del levantamiento en función de sus respectivos intereses, contribuyendo a una lectura polarizada que no siempre reflejaba la diversidad de objetivos y actores implicados. Esta constatación ha llevado a la historiografía más reciente a adoptar enfoques más matizados, atentos a las dinámicas internas del movimiento y a su contexto internacional.

En definitiva, el estado de la cuestión sobre la Revolución Húngara de 1956 muestra un consenso amplio sobre su relevancia como episodio clave de la Guerra Fría europea, pero también debates significativos en torno a su naturaleza política, sus causas y sus implicaciones sistémicas. La atención a estos debates permite situar el caso húngaro como un contrapunto fundamental a la Crisis de Suez y refuerza la pertinencia de un análisis comparado que examine cómo el orden internacional reaccionó de manera diferenciada ante desafíos simultáneos en contextos geográficos y políticos distintos.

2.3. Marco teórico y conceptual

El análisis comparado de la Crisis de Suez y de la Revolución Húngara de 1956 exige situar ambos episodios dentro de un marco conceptual propio de las relaciones internacionales. Aunque el trabajo adopta una metodología histórico-analítica, la interpretación de los acontecimientos se apoya en herramientas teóricas que permiten

comprenderlos como manifestaciones de dinámicas estructurales del sistema internacional de la Guerra Fría. En este sentido, el realismo estructural, la teoría de la hegemonía y los enfoques sobre descolonización y legitimidad internacional ofrecen un marco analítico coherente para articular el estudio de ambas crisis.

En primer lugar, el realismo estructural proporciona una lente fundamental para interpretar la lógica subyacente a 1956. Siguiendo a Kenneth Waltz, la estructura del sistema internacional se define por la anarquía (ausencia de autoridad central) y por la distribución de capacidades entre las principales potencias, lo que condiciona el comportamiento de los Estados con relativa independencia de sus características internas (Waltz, 1979). En el contexto posterior a 1945, la configuración bipolar generó un orden dominado por la primacía estratégica de EE. UU. y la URSS, cuya competencia delimitaba esferas de influencia relativamente rígidas y reducía el margen de maniobra de las potencias intermedias. Desde esta perspectiva, la intervención soviética en Hungría puede interpretarse como una reacción destinada a preservar la cohesión de su bloque y evitar una alteración del equilibrio bipolar, mientras que la Crisis de Suez puso de manifiesto los límites estructurales de la autonomía británica y francesa frente a la jerarquía impuesta por la primacía estadounidense. La simultaneidad de ambos episodios refuerza esta lectura sistémica: más allá de sus especificidades regionales, ambos estuvieron condicionados por la lógica de estabilidad propia de la bipolaridad.

En segundo lugar, la teoría de la hegemonía permite profundizar en la dimensión jerárquica del orden occidental y en la reconfiguración del liderazgo internacional tras 1956. Robert Gilpin sostiene que la estabilidad de un sistema internacional depende en gran medida de la existencia de una potencia capaz de establecer y sostener las reglas del orden vigente, de modo que el declive relativo de dicha potencia genera tensiones y procesos de reajuste (Gilpin, 1981). En esta línea, Paul Kennedy ha subrayado que el declive de las potencias europeas tras la IIGM estuvo vinculado a la creciente brecha entre sus compromisos estratégicos globales y capacidades materiales efectivas (Kennedy, 1988). La Crisis de Suez constituye un ejemplo paradigmático de esta dinámica: la presión económica y diplomática ejercida por EE. UU. sobre el Reino Unido, Francia y también Israel, evidenció que la hegemonía estadounidense descansaba tanto en su superioridad militar como en su capacidad para utilizar instrumentos financieros y monetarios como mecanismos de disciplina intraoccidental (Kunz, 1991). Así, 1956 puede leerse como un

momento de consolidación de la jerarquía atlántica bajo liderazgo estadounidense.

Finalmente, los procesos de descolonización y la dimensión normativa del orden internacional introducen elementos que matizan una lectura exclusivamente estructural. Cooper ha señalado que la descolonización no implicó únicamente la transferencia formal de soberanía, sino una transformación profunda de las categorías políticas y de los criterios de legitimidad que organizaban el sistema internacional (Cooper, 2005). En el caso egipcio, la nacionalización del Canal de Suez y el liderazgo de Gamal Abdel Nasser se inscriben en una lógica de afirmación soberana y de reivindicación anticolonial que cuestionaba la persistencia de estructuras imperiales europeas. Dawisha ha mostrado cómo el nacionalismo árabe articuló un discurso que vinculaba soberanía, dignidad nacional y resistencia frente a la injerencia externa (Dawisha, 2016). Al mismo tiempo, la gestión multilateral de la crisis a través de la ONU y la creación de la FENU reflejaron la creciente importancia de la legitimidad internacional y de los mecanismos institucionales en la regulación de conflictos. En términos más amplios, como ha señalado Robert Keohane, incluso en contextos de competencia entre grandes potencias, las instituciones pueden desempeñar un papel relevante en la estructuración de la cooperación y en la definición de reglas compartidas (Keohane, 1984), lo que sugiere que el orden de la Guerra Fría no fue únicamente un espacio de rivalidad material, sino también de disputa normativa.

La combinación de estos enfoques permite abordar las crisis de Suez y Hungría no como episodios aislados, sino como manifestaciones interconectadas de una reconfiguración más amplia del orden internacional de posguerra. El realismo estructural ilumina la lógica de las esferas de influencia y la disciplina impuesta por las superpotencias; la teoría de la hegemonía explica la transformación del liderazgo occidental y el declive relativo europeo; y los enfoques sobre descolonización y legitimidad permiten incorporar la agencia de los actores postcoloniales y la dimensión normativa emergente del sistema. Este marco conceptual proporciona, así, las herramientas necesarias para interpretar 1956 como un punto de inflexión en la evolución estructural de la Guerra Fría.

3. CONTEXTO HISTÓRICO Y DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

3.1. La Crisis de Suez de 1956

3.1.1. Antecedentes: Egipto, el Canal de Suez y el equilibrio regional

Para comprender la Crisis de Suez en toda su dimensión es necesario remontarse a los procesos que, durante la primera mitad del siglo XX, habían convertido a Egipto en uno de los enclaves estratégicos más disputados del sistema internacional. La presencia británica en el país se remontaba a la ocupación militar de 1882, y su elemento más sensible era el Canal de Suez: inaugurado en 1869 y gestionado por la Compañía Universal del Canal de Suez (de accionariado fundamentalmente anglofrancés), el canal articulaba la ruta marítima más corta entre Europa y el océano Índico y concentraba un volumen crítico del tráfico petrolífero hacia Europa occidental. Tras la IIGM, la zona del canal albergaba una de las mayores instalaciones militares del Imperio Británico, símbolo tanto de la dependencia estratégica europea como de la persistencia de un orden imperial que el nuevo contexto internacional comenzaba a erosionar. Kennedy ha argumentado que el mantenimiento de compromisos estratégicos globales de esta naturaleza estaba ya, en los años de la posguerra, en tensión creciente con las capacidades materiales reales del Reino Unido, deterioradas por el esfuerzo bélico y por el coste de sostener un Imperio en proceso de contracción (Kennedy, 1988).

El punto de ruptura definitivo en la política egipcia se produjo con el golpe de Estado del 23 de julio de 1952, cuando el Movimiento de los Oficiales Libres derrocó al rey Faruk I⁶. El ascenso de Gamal Abdel Nasser al liderazgo efectivo del país, consolidado formalmente con su presidencia en 1954, imprimió al nuevo régimen una agenda estrictamente nacionalista orientada a liquidar los vínculos de dependencia heredados del período colonial. Gordon ha mostrado cómo Nasser construyó un discurso que vinculaba

⁶ El Movimiento de los Oficiales Libres fue una organización clandestina de militares egipcios fundada a finales de los años cuarenta, liderada en la práctica por Gamal Abdel Nasser, aunque con Muhammad Nagib como figura visible. El 23 de julio de 1952 ejecutó un golpe de Estado que derrocó al rey Faruk I, monarca de Egipto desde 1936, cuyo reinado había quedado desacreditado por la derrota en la guerra árabe-israelí de 1948 y por la percepción generalizada de corrupción e ineficacia del régimen.

soberanía nacional, dignidad árabe y resistencia frente a la injerencia exterior, dotando a la política exterior egipcia de una capacidad de interpelación regional que ningún gobierno anterior había logrado (Gordon, 2006). Dawisha añade que este proyecto se traduciría en una estrategia activa de consolidación del liderazgo egipcio en el mundo árabe mediante la presión sobre los Estados que mantenían vínculos con las antiguas potencias coloniales (Dawisha, 2016).

El Acuerdo angloegipcio de octubre de 1954 estableció la retirada completa de las tropas británicas de la zona del canal en un plazo de veinte meses. Kyle subraya que Londres seguía concibiendo el canal como un enclave indispensable para el abastecimiento energético europeo y que cualquier amenaza sobre su gestión se percibía como un desafío de primer orden (Kyle, 2003). Alex von Tunzelmann añade que Anthony Eden⁷ y el *establishment* militar británico contemplaban la retirada con profunda incomodidad estratégica, convencidos de que la capacidad de proyección de fuerza en la región era inseparable del estatus internacional del Reino Unido (von Tunzelmann, 2016).

El contexto imperial francés ofrecía una imagen igualmente reveladora del agotamiento de los imperios europeos, con una trayectoria propia que condicionaría directamente la disposición francesa ante la crisis. La derrota en Indochina, culminada con la caída de Dien Bien Phu en mayo de 1954, supuso un golpe traumático para el ejército y la cultura política francesa (Connelly, 2002). La herida de Indochina no había cicatrizado cuando, apenas seis meses después, el 1 de noviembre de 1954, el Frente de Liberación Nacional (FLN) iniciaba la insurrección en Argelia, territorio que Francia consideraba metropolitano y en el que habitaban más de un millón de colonos europeos. Connelly ha documentado que la guerra de Argelia dominó la política interior y exterior francesa durante los años siguientes, y que el ascenso de Nasser era observado en París no como un fenómeno regional distante sino como un factor directamente desestabilizador que alimentaba la legitimidad política y el respaldo material de la insurgencia argelina (Connelly, 2002).

⁷ Anthony Eden fue primer ministro del Reino Unido entre 1955 y 1957. Fue una figura central de la política exterior británica desde los años treinta, donde había ganado reputación como opositor a la política de apaciguamiento; afrontó la Crisis de Suez como el mayor desafío de su mandato.

El equilibrio regional se complicó a lo largo de 1955 por la concurrencia de dos factores decisivos. El primero fue la formación del Pacto de Bagdad⁸ en febrero de ese año. Dawisha revela que Nasser interpretó la iniciativa no como un mecanismo de defensa colectiva sino como un intento coordinado de aislarlo dentro del mundo árabe, lo que llevó a El Cairo a radicalizar su política exterior en una dirección de confrontación abierta con Occidente (Dawisha, 2016). Kyle ha señalado que el Pacto representó un error estratégico de cálculo por parte de Londres, que involuntariamente reforzó la posición de Nasser como líder de la resistencia antioccidental en la región (Kyle, 2003).

El segundo factor fue el acuerdo checoslovaco-egipcio de compra de armamento cerrado en septiembre de 1955, mediante el cual Nasser diversificó sus fuentes de suministro militar ante las condiciones impuestas por EE. UU. para el acceso a armas occidentales. Davidi ha señalado que el ataque israelí sobre posiciones militares egipcias en Gaza en febrero de 1955 (la operación *Black Arrow*) había demostrado la vulnerabilidad del ejército egipcio y reforzado la urgencia de obtener equipamiento avanzado (Davidi, 2006). El anuncio del acuerdo con Checoslovaquia precipitó en Washington y Londres una reevaluación de la política hacia El Cairo: Leffler ha argumentado que la administración Eisenhower interpretó el acuerdo en clave de competencia bipolar global, valorando el riesgo de penetración soviética en Oriente Medio por encima de las fricciones que su reacción pudiera generar con aliados europeos (Leffler, 1992). Desde la perspectiva israelí, el reforzamiento militar egipcio se sumaba al bloqueo del estrecho de Tirán y a los ataques sistemáticos de los fedayines, configurando una amenaza directa a su seguridad que condicionaría de forma decisiva su disposición a participar en la acción tripartita de 1956 (Davidi, 2006).

Así, hacia el primer semestre de 1956, el escenario regional acumulaba tensiones estructurales de naturaleza heterogénea: la reconfiguración de la presencia imperial europea, el auge del nacionalismo árabe, las guerras coloniales francesas en Indochina y Argelia (en las que EE. UU. no intervino en apoyo de sus aliados europeos), las rivalidades bipolares y el conflicto árabe-israelí. Kennedy ha señalado que la incapacidad de las potencias medias europeas para reconocer los límites reales de su influencia en este período

⁸ El Pacto de Bagdad, firmado en febrero de 1955, fue una alianza de defensa colectiva promovida por el Reino Unido que reunió a Iraq, Turquía, Pakistán, Irán y el propio Reino Unido, con el objetivo declarado de contener la expansión soviética en Oriente Medio.

constituyó uno de los factores estructurales que hicieron inevitable alguna forma de colisión con el nuevo orden internacional dominado por las superpotencias (Kennedy, 1988).

3.1.2. La nacionalización del canal y la crisis diplomática

El 26 de julio de 1956, con ocasión del cuarto aniversario de la revolución de los Oficiales Libres, Nasser anunció en Alejandría la nacionalización de la Compañía Universal del Canal de Suez. El acto tenía una cuidadosa arquitectura simbólica: utilizó el nombre de Ferdinand de Lesseps (ingeniero francés constructor del canal) como señal en clave para que las fuerzas egipcias tomaran el control físico de las instalaciones. La medida se presentó públicamente como la vía para financiar la construcción de la presa de Asuán, cuya financiación occidental había sido retirada apenas una semana antes (García Arias, 1956). Gordon ha subrayado que la nacionalización permitió a Nasser presentar ante el mundo árabe la recuperación de una infraestructura construida sobre suelo egipcio como un acto de soberanía plena, consolidando de forma inmediata su posición como figura central del nacionalismo árabe y del movimiento de no alineamiento (Gordon, 2006).

La reacción anglofrancesa fue de una dureza que reflejaba percepciones distintas, pero igualmente intensas de amenaza. Von Tunzelmann ha documentado que Eden tomó la decisión de optar por la vía militar prácticamente de forma inmediata y que el proceso diplomático posterior fue concebido en Londres no como una alternativa a la intervención sino como un procedimiento para ganar tiempo y proporcionar cobertura internacional (von Tunzelmann, 2016). Para Francia, la crisis de Suez y la guerra de Argelia eran en la práctica dos frentes del mismo conflicto, lo que imprimía a la posición de Mollet una determinación que excedía los intereses en el canal propiamente dicho (Connelly, 2002). Israel, por su parte, veía en la crisis una oportunidad estratégica: la convergencia con las potencias europeas ofrecía un marco en el que podía actuar contra la amenaza egipcia con respaldo diplomático y material, algo que no habría podido obtener unilateralmente (Davidi, 2006).

La posición de EE. UU. introdujo desde el principio una fractura en el seno del Bloque Occidental. La administración Eisenhower se negó con firmeza a respaldar cualquier uso de la fuerza que pudiera ser percibido como operación colonial. Leffler ha

señalado que Dwight D. Eisenhower y John Foster Dulles (Secretario de Estado de EE. UU.) valoraron la crisis en clave de competencia bipolar global: una intervención anglofrancesa podría alienar a los Estados del mundo afroasiático recién descolonizados y empujar a Nasser hacia una alineación más estrecha con la URSS (Leffler, 1992).

La fase diplomática se articuló en torno a iniciativas sucesivas que fracasaron una tras otra. La primera Conferencia de Londres, celebrada entre el 16 y el 23 de agosto, aprobó una propuesta de internacionalización del canal que Nasser rechazó de plano, apoyándose en la distinción jurídica que su gobierno sostendría durante toda la crisis: la soberanía sobre el canal como vía de agua era egipcia desde 1888, y la nacionalización de la compañía gestora no alteraba el estatuto internacional de libre navegación establecido por la Convención de Constantinopla de 1888 (García Arias, 1956). La propuesta de Dulles de crear una Asociación de Usuarios del Canal (en adelante, SCUA) fue recibida con escepticismo tanto por los aliados europeos como por Egipto. Kunz ha argumentado que la actitud de Dulles fue deliberadamente ambigua: presentó la SCUA ante los aliados europeos como un mecanismo que podría incluir medidas de presión económica, mientras que en privado dejaba claro que EE. UU. no respaldaba ninguna acción coercitiva, generando en Londres y París la sensación de que Washington los retenía con promesas que no tenía intención de cumplir (Kunz, 1991).

Mientras fracasaba la diplomacia, los preparativos militares avanzaban en secreto y Egipto resolvía con éxito la llamada “crisis de los prácticos”: ante el temor de que los pilotos occidentales que guiaban el tráfico por el canal fueran retirados como medida de presión, el gobierno de El Cairo procedió a sustituirlos con apoyo técnico soviético, completando la transición en pocas semanas y demostrando la viabilidad de la gestión egipcia autónoma, lo que privó a Londres y París de uno de sus argumentos centrales para la internacionalización (Kyle, 2003). Las negociaciones tripartitas secretas culminaron en los Acuerdos de Sèvres, firmados entre el 22 y el 24 de octubre de 1956 en las afueras de París, donde se estableció lo siguiente: Israel atacaría la península del Sinaí el 29 de octubre; Reino Unido y Francia emitirían un ultimátum exigiendo la retirada de ambos contendientes a diez millas del canal; al rechazar Egipto el ultimátum, las potencias europeas intervendrían militarmente bajo el pretexto de separar a los beligerantes. Von Tunzelmann ha subrayado que la existencia de este plan previo convierte en ilusoria cualquier interpretación de la intervención anglofrancesa como respuesta improvisada a la

acción israelí (von Tunzelmann, 2016).

3.1.3. La intervención militar y el desenlace de la crisis

En la madrugada del 29 de octubre de 1956, las fuerzas armadas israelíes cruzaron la frontera egipcia e iniciaron la campaña en el Sinaí. La rapidez del avance, que en cuatro días alcanzó posiciones próximas al canal, confirmó la superioridad operativa israelí. Davidi ha señalado que los objetivos israelíes eran simultáneamente militares y políticos: destruir la capacidad ofensiva egipcia en el Sinaí, asegurar el acceso al estrecho de Tirán y proporcionar el *casus belli* que justificara la intervención anglofrancesa (Davidi, 2006). El 30 de octubre, conforme al guión secreto de Sèvres, Reino Unido y Francia emitieron el ultimátum previsto; Egipto lo rechazó de forma inmediata, y el 31 de octubre comenzaron los ataques aéreos anglofranceses, seguidos el 5 y 6 de noviembre por el desembarco en Port Said y Port Fuad. Desde el punto de vista estrictamente militar, la así denominada operación *Musketeer* avanzó con eficacia, pero presentaba una contradicción insalvable: el propio desarrollo del conflicto había provocado que Egipto bloqueara el canal hundiendo decenas de embarcaciones, clausurando precisamente la vía que se pretendía salvaguardar (von Tunzelmann, 2016).

La reacción internacional fue de una intensidad que los planificadores habían subestimado gravemente. En Washington, Eisenhower recibió la noticia con una indignación profundamente estratégica: la operación anglofrancesa comprometía la credibilidad occidental ante el mundo afroasiático en el preciso momento en que el Ejército Rojo soviético aplastaba la insurrección de Budapest. Boyle ha argumentado que Eisenhower percibió la simultaneidad de ambas crisis como un problema de coherencia sistémica: la condena de la represión soviética en Hungría quedaba vaciada de contenido moral si los aliados de EE. UU. perpetraban simultáneamente una agresión colonial en Egipto (Boyle, 2005).

El instrumento principal de la presión estadounidense fue financiero, y su eficacia resultó devastadora. Desde el inicio de las operaciones, la libra esterlina sufrió un ataque especulativo de gran magnitud; en la primera semana de noviembre las reservas de divisas británicas cayeron en más de cien millones de dólares. El gobierno de Eden solicitó con

urgencia una línea de crédito al Fondo Monetario Internacional (en adelante, FMI), pero la administración Eisenhower bloqueó la concesión mientras las tropas permanecieran en suelo egipcio, y amenazó con la venta masiva de bonos en libras esterlinas, lo que habría provocado una devaluación catastrófica y por tanto forzó la decisión del Reino Unido de aceptar un alto el fuego (Kunz, 1991). La presión soviética añadió una dimensión de alarma adicional: el 5 de noviembre, Nikolái Bulganin⁹ envió notas a Eden, Mollet y Ben Gurión¹⁰ advirtiéndole de que la URSS estaba dispuesta a utilizar todos los medios a su alcance para poner fin a la agresión, sugiriendo implícitamente represalias con armas de largo alcance sobre territorio europeo (Boyle, 2005).

El alto el fuego entró en vigor en la madrugada del 6 al 7 de noviembre, apenas cuarenta y ocho horas después del inicio del desembarco. La Asamblea General de la ONU, reunida en sesión de emergencia, había aprobado el día 2 una resolución, impulsada por EE. UU. con el apoyo de la URSS, exigiendo el cese inmediato de hostilidades y la retirada de todas las fuerzas extranjeras del territorio egipcio. La creación de la FENU, propuesta por el ministro canadiense Lester B. Pearson, abrió la vía para una retirada negociada. Las últimas tropas anglofrancesas abandonaron Egipto el 22 de diciembre; Israel, sometido a una presión estadounidense más prolongada, no completó su retirada de la península del Sinaí hasta marzo de 1957 (Kyle, 2003). El desenlace de la crisis confirmó de forma inequívoca la jerarquía de poder del sistema internacional: el Reino Unido y Francia habían demostrado capacidad militar suficiente para ejecutar la operación, pero se habían revelado incapaces de sostenerla frente a la oposición simultánea de las dos superpotencias. Como ha señalado Kyle, la retirada anglofrancesa no fue el resultado de una derrota en el campo de batalla, sino de una insolvencia política y financiera que confirmaba la distancia entre las aspiraciones imperiales europeas y las realidades del nuevo orden internacional (Kyle, 2003).

⁹ Nikolái Bulganin fue presidente del Consejo de Ministros de la URSS entre 1955 y 1958. Compartió con Nikita Jruschov el liderazgo soviético de la etapa posterior a Stalin.

¹⁰ David Ben Gurión fue primer ministro de Israel durante la Crisis de Suez, cargo que ejerció en dos etapas (1948-1953 y 1955-1963), además de desempeñar un papel central en la fundación del Estado de Israel en 1948. En 1956 impulsó la participación israelí en los Acuerdos de Sèvres y en la campaña militar del Sinaí, entendida como una oportunidad para debilitar a Egipto y reforzar la posición estratégica israelí en la región.

3.1.4. Consecuencias políticas y estratégicas

Las consecuencias del desenlace se desplegaron de forma diferenciada para cada uno de los tres actores intervinientes, revelando que la derrota compartida no afectó a todos de la misma manera ni tuvo las mismas implicaciones para cada uno.

En cuanto al Reino Unido, Anthony Eden presentó su dimisión el 9 de enero de 1957, forzada en buena medida por la presión estadounidense que había hecho insostenible su posición, convirtiéndose en una de las bajas políticas más directas del episodio. Su sucesor, Harold Macmillan, procedió a una revisión sistemática de los compromisos estratégicos británicos en la región, reduciendo progresivamente la presencia militar y asumiendo de forma explícita la subordinación de la política exterior británica al marco de la alianza atlántica (Lion Bustillo, 2013). Kennedy ha argumentado que Suez constituyó la demostración más nítida del patrón de sobreextensión imperial: la distancia insalvable entre los compromisos estratégicos heredados del apogeo imperial y las capacidades materiales reales de una economía debilitada por dos guerras mundiales (Kennedy, 1988). Piers Brendon ha subrayado la dimensión psicológica de esta quiebra: para una generación de políticos formados en la convicción de que el Imperio Británico era un actor de primer orden, la retirada bajo presión financiera estadounidense sin haber sido derrotados sobre el terreno resultó en muchos aspectos más difícil de asimilar que una derrota militar convencional (Brendon, 2007).

Para Francia, la humillación de Suez alimentó la convicción de que la dependencia del liderazgo estadounidense era incompatible con la defensa autónoma de los intereses nacionales, acelerando el proceso que llevaría a la doctrina gaullista de autonomía estratégica, al desarrollo de la capacidad nuclear independiente y a la retirada del mando integrado de la Alianza Atlántica (OTAN) en 1966. La guerra de Argelia continuaba además consumiendo recursos y legitimidad, y la incapacidad de resolver ninguno de los dos frentes contribuyó al colapso de la Cuarta República en mayo de 1958 (Connelly, 2002).

Israel presentó el balance más ambiguo de los tres. Desde el punto de vista estrictamente militar, la campaña del Sinaí fue un éxito rotundo: el ejército israelí demostró una superioridad operativa que transformó la percepción regional de sus capacidades. Sin

embargo, la retirada forzada de todos los territorios conquistados, bajo presión combinada de EE. UU. y la ONU, y sin contrapartidas formales de seguridad, supuso que Israel no obtuviese ninguno de los beneficios territoriales de su victoria militar. Lo que sí obtuvo, y que resultaría estratégicamente relevante durante los diez años siguientes, fue el despliegue de la FENU en la frontera del Sinaí y la reapertura del estrecho de Tirán a la navegación israelí (Davidi, 2006). Estas dos concesiones, conseguidas mediante la presión diplomática y no por ningún acuerdo formal, proporcionaron a Israel un período de relativa estabilidad en su flanco sur que se prolongó hasta 1967, cuando la retirada de la FENU a petición de Nasser devolvería la región a un escenario de guerra. La situación de Israel en el desenlace de Suez ilustra con precisión una dinámica que el análisis sistémico permite identificar: la potencia más pequeña del triángulo tripartito fue la que actuó con objetivos más acotados y realistas, y aunque perdió la partida diplomática, extrajo del episodio ganancias concretas (aunque temporales) que sus aliados anglofranceses no lograron en ningún plano.

En el plano regional, Nasser emergió del conflicto con un prestigio notablemente reforzado. Gordon ha argumentado que la narrativa de la resistencia frente a la agresión tripartita fue determinante para consolidar el liderazgo nasserista durante los años siguientes, dando a Egipto una posición de influencia regional que ningún indicador de poder material habría justificado plenamente (Gordon, 2006). Dawisha ha señalado que Suez se convirtió en el momento fundacional del nacionalismo árabe de posguerra, el episodio de referencia al que las generaciones posteriores de líderes árabes recurrirían para articular discursos de soberanía y resistencia antioccidental (Dawisha, 2016).

En el plano institucional, la creación de la FENU representó el primer despliegue de una fuerza internacional de interposición concebida específicamente para separar a los beligerantes sin estar integrada en el esquema de ninguna de las grandes potencias, estableciendo un precedente que condicionaría el desarrollo posterior de las operaciones de paz de la ONU (Rikhye, 1984). Desde una perspectiva sistémica, Gilpin ha argumentado que Suez fue precisamente la demostración de que la capacidad de hacer respetar las reglas del orden internacional residía en 1956 de forma inequívoca en EE. UU. (Gilpin, 1981), mientras que Leffler ha concluido que la gestión estadounidense de la crisis consolidó su dominio dentro del Bloque Occidental, estableciendo con claridad que ninguna potencia aliada podía actuar de forma autónoma en cuestiones de alcance global sin el respaldo explícito de Washington (Leffler, 1992).

3.2. La Revolución Húngara de 1956

3.2.1. Antecedentes y estallido del levantamiento

La Revolución Húngara de octubre de 1956 no puede comprenderse como un estallido espontáneo, sino como el resultado de la acumulación de tensiones políticas, económicas y sociales sedimentadas durante más de una década de dominación estalinista. La consolidación del control comunista entre 1945 y 1948, bajo la dirección de Mátyás Rákosi¹¹, produjo un sistema de control totalitario cuyo instrumento principal fue la policía política, denominada Autoridad de Protección del Estado de Hungría (en adelante, ÁVH). Gati ha documentado que entre 1950 y 1953 los tribunales húngaros procesaron más de 650.000 casos por delitos políticos, en lo que califica como el régimen de terror más duro de entre todos los Estados satélite de Europa central y oriental (Gati, 2006). En el plano económico, Fehér, Heller y Márkus han señalado que la irracionalidad del sistema rakosista respondía a una lógica de subordinación de la economía húngara a los intereses soviéticos que imposibilitaba cualquier desarrollo endógeno sostenible (Fehér, Heller & Márkus, 1983).

La muerte de Stalin en 1953 abrió una fase de cambio relativo: bajo presión de Moscú, Rákosi cedió la presidencia del Consejo de Ministros a Imre Nagy¹², quien anunció un “Nuevo Curso” de moderación y reformas. Como señala Gati, estas reformas generaron expectativas genuinas, pero chocaron desde el principio con la resistencia de Rákosi, que en abril de 1955 logró la destitución de Nagy aprovechando un giro conservador en el Kremlin (Gati, 2006). El breve paréntesis reformista dejó, sin embargo, una huella decisiva: amplios sectores de la sociedad húngara habían percibido que el sistema podía

¹¹ Mátyás Rákosi fue el dirigente comunista que gobernó Hungría entre 1948 y 1956, primero como secretario general del Partido de los Trabajadores Húngaros y después como presidente del Consejo de Ministros. Conocido como el “mejor alumno de Stalin”, instauró uno de los regímenes más represivos de Europa del Este, con numerosos procesos políticos, encarcelamientos y purgas dentro del propio partido.

¹² Imre Nagy fue un dirigente comunista húngaro de perfil reformista y presidente del Consejo de Ministros entre 1953 y 1955 y durante la revolución de 1956. El 1 de noviembre de 1956 proclamó la neutralidad de Hungría y su salida del Pacto de Varsovia. Tras la intervención soviética, fue detenido, juzgado en secreto y ejecutado en 1958. Rehabilitado en 1989, se convirtió en símbolo de la transición democrática húngara.

moverse.

El acontecimiento que alteró definitivamente el equilibrio político fue el “Informe Secreto” de Nikita Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS (PCUS) en febrero de 1956, en el que denunció de forma sistemática los crímenes de Stalin. Aunque pronunciado en sesión cerrada, su contenido se filtró con rapidez por los países del bloque (Zubok, 2007). El texto dinamitó la legitimidad ideológica del régimen húngaro: si el propio líder soviético reconocía que el estalinismo había sido un sistema criminal, la autoridad de quienes lo habían aplicado en Hungría quedaba irremediablemente comprometida. En este contexto, el Círculo Petőfi, foro de debate intelectual que llegó a congregar a miles de personas, se convirtió en el principal espacio de articulación del descontento, y la reinhumación solemne de László Rajk¹³ el 6 de octubre de 1956 ante una concurrencia estimada de 200.000 personas constituyó la primera expresión masiva de ese descontento en el espacio público (Ferrero Blanco, 2006). La crisis polaca del otoño de 1956, en la que el acceso de Władysław Gomułka¹⁴ al poder fue presentado como un ejemplo de reforma posible dentro del bloque, actuó como catalizador adicional que convenció a amplios sectores húngaros de que el momento para exigir un cambio profundo había llegado.

La manifestación estudiantil del 23 de octubre de 1956, concebida inicialmente como un acto de solidaridad con el reformismo polaco, superó con creces las previsiones de sus organizadores. Lo que comenzó como una marcha de varios miles de estudiantes fue engrosando hasta reunir entre 100.000 y 200.000 personas frente al Parlamento (Gati,

¹³ László Rajk fue un destacado dirigente comunista húngaro que ejerció como ministro del Interior y posteriormente como ministro de Asuntos Exteriores. Fue víctima de una de las purgas más notorias del estalinismo húngaro: acusado falsamente de espionaje y traición, fue ejecutado en 1949. Su rehabilitación pública y solemne reinhumación el 6 de octubre de 1956, fue uno de los detonantes del levantamiento.

¹⁴ Władysław Gomułka fue un dirigente comunista polaco que, tras haber sido purgado y encarcelado durante el periodo estalinista, fue rehabilitado y devuelto al poder en octubre de 1956. Su acceso a la dirección del Partido Obrero Unificado Polaco, negociado con Moscú sin necesidad de una intervención militar soviética, fue percibido en Hungría como una prueba de que era posible avanzar hacia formas más autónomas de socialismo dentro del bloque.

2006). La respuesta del secretario general Enrő Gerő¹⁵, que calificó a los manifestantes de “chusma” por radio, radicalizó a la multitud, desencadenando una reacción en cadena que transformó la protesta política en insurrección armada en el transcurso de pocas horas: la ÁVH abrió fuego contra la multitud en la sede de Radio Budapest, la estatua de Stalin fue derribada, los arsenales militares fueron asaltados y unidades del ejército regular comenzaron a fraternizar con los sublevados (Ferrero Blanco, 2006). En la madrugada del 24 de octubre, a petición del propio Gerő, los primeros tanques soviéticos entraban en Budapest.

El nombramiento de Imre Nagy como presidente del Consejo de Ministros el 24 de octubre no produjo la desmovilización esperada por Moscú. Nagy llegaba al poder en el preciso momento en que los tanques soviéticos circulaban por las calles, lo que comprometía su credibilidad ante unos insurgentes que habían perdido la confianza en cualquier figura vinculada al aparato del régimen (Gati, 2006). Fehér y Heller han subrayado que la composición del levantamiento era mucho más heterogénea de lo que las interpretaciones simplificadoras de la época reconocían: junto a los estudiantes e intelectuales, los consejos obreros emergidos en las fábricas constituyeron el núcleo más organizado del movimiento, con demandas que aspiraban a reformar profundamente el socialismo existente desde dentro de su propia lógica, no a restaurar el capitalismo (Fehér & Heller, 1980). Hacia el 28 de octubre, la primera intervención soviética resultaba ser insuficiente; Nagy anunció un alto el fuego incondicional y reconoció los consejos revolucionarios. El 30 de octubre, Radio Moscú anunció su disposición a revisar los términos de la presencia de sus tropas en el bloque, desencadenando en Budapest una euforia que resultaría trágicamente ilusoria (Zubok, 2007). El 1 de noviembre, desbordado por la presión de los insurgentes, Nagy proclamó la neutralidad de Hungría y su retirada del Pacto de Varsovia, solicitando a la ONU que garantizara ese estatuto. Von Tunzelmann ha señalado que en ese momento Nagy era tanto el líder de la revolución como su rehén: la formalización de esas demandas hacía políticamente inevitable la intervención militar soviética a gran escala (von Tunzelmann, 2016).

¹⁵ Ernő Gerő fue el secretario general del Partido de los Trabajadores Húngaros entre julio y octubre de 1956, nombrado para sustituir a Mátyás Rákosi tras la presión de Moscú. Ampliamente identificado con los métodos del régimen anterior, carecía de la credibilidad reformista necesaria para canalizar el descontento social.

3.2.2. La intervención soviética y sus consecuencias

La decisión de intervenir militarmente por segunda vez y a gran escala fue el resultado de un proceso de deliberación en el Presídium soviético¹⁶ marcado por el debate entre opciones contradictorias. El punto de inflexión se produjo el 31 de octubre, cuando el Presídium dio un giro de ciento ochenta grados respecto a la declaración conciliadora del día anterior. Las notas de Vladimir Malin revelan que Jruschov argumentó con una lógica que combinaba el temor al contagio dentro del bloque con consideraciones de prestigio internacional: la retirada de Hungría sería percibida como debilidad y daría impulso a los anglofranceses en Suez (Gati, 2006). Kramer ha subrayado que la declaración de neutralidad de Nagy y su retirada del Pacto de Varsovia fueron las decisiones que convirtieron la crisis en una amenaza sistémica de primer orden: un Estado del bloque que solicitaba reconocimiento de neutralidad a la ONU no era simplemente un país en crisis interna, sino la ruptura del perímetro de seguridad que la URSS consideraba condición esencial de su seguridad estratégica (Kramer, 1998). Von Tunzelmann ha añadido que la presión de Mao Zedong, que inicialmente se opuso a la intervención y luego cambió de posición, y del yugoslavo Tito, quien en reunión secreta con Jruschov entre el 2 y el 3 de noviembre avaló la necesidad de actuar, contribuyó a reforzar la decisión adoptada en Moscú (von Tunzelmann, 2016).

La así nombrada operación *Torbellino* se puso en marcha en la madrugada del 4 de noviembre: aproximadamente 250.000 soldados soviéticos apoyados por unos 4.000 tanques se desplegaron simultáneamente sobre Budapest y las principales ciudades del país. Para no repetir los errores de la primera intervención, el mando soviético movilizó unidades procedentes de regiones alejadas de Hungría, cuyos soldados no compartían lengua ni vínculos culturales con la población húngara (Fehér, Heller & Márkus, 1983). Los combates más intensos duraron hasta el 10 de noviembre; Nagy buscó refugio en la embajada yugoslava, fue sacado mediante engaño el 22 de noviembre, trasladado a Rumanía, juzgado en secreto y ejecutado el 16 de junio de 1958 (Gati, 2006).

¹⁶ El Presídium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (denominado Politburó en otros periodos) era el órgano colegiado de dirección política suprema de la URSS. En 1956, bajo la dirección de Nikita Jruschov, el Presídium era el foro donde se adoptaban las decisiones estratégicas de mayor alcance, incluida la de intervenir militarmente en Hungría.

La represión posterior fue selectiva, pero de gran envergadura: entre 300 y 400 personas fueron ejecutadas directamente por su vinculación con la revolución, y aproximadamente 22.000 fueron encarceladas, de las cuales unas 13.000 recibieron condenas formales (Gati, 2006). Entre noviembre de 1956 y principios de 1957, aproximadamente 200.000 húngaros cruzaron la frontera con Austria antes de que esta fuera definitivamente sellada, privando al país de una parte sustancial de su capital humano más cualificado (Zubok, 2007). El régimen de János Kádár (sucesor de Nagy) articuló en los años siguientes un pacto implícito con la sociedad, el llamado “comunismo gulash”, basado en la despolitización administrada: a cambio de la renuncia a cualquier desafío político al partido y a la presencia soviética, el régimen ofrecía liberalización económica relativa y mejoras en los niveles de consumo. Fehér, Heller y Márkus han analizado esta fórmula como el producto directo de la derrota de 1956: un régimen que, habiendo perdido toda legitimidad ideológica genuina, se vio obligado a sustituirla por una legitimidad basada en el rendimiento material (Fehér, Heller & Márkus, 1983).

En el plano internacional, el impacto sobre el movimiento comunista occidental fue devastador. Boyle ha documentado que los partidos comunistas de Francia e Italia experimentaron en los meses posteriores a noviembre de 1956 las mayores pérdidas de militancia de su historia, con escisiones y dimisiones de figuras intelectuales relevantes (Boyle, 2005). La Asamblea General de la ONU aprobó el 4 de noviembre una resolución exigiendo la retirada soviética que Moscú ignoró con total impunidad. La contradicción fue la siguiente: mientras la misma Asamblea imponía su autoridad sobre el Reino Unido y Francia en Suez, su capacidad de presión sobre la URSS en Hungría resultó completamente nula, poniendo de manifiesto la asimetría estructural con que el sistema onusiano operaba en un mundo bipolar (Boyle, 2005). La experiencia de 1956 estableció finalmente de forma implícita la “línea roja” del sistema soviético, era posible reformar la economía o moderar el terror, pero no cuestionar la pertenencia al bloque ni el papel dirigente del partido comunista, lección que Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1981 confirmarían con consecuencias similares. Vladislav Zubok ha subrayado que la intervención en Hungría definió el contorno del sistema de seguridad soviético de una manera que ningún documento o tratado hubiera podido hacer con igual claridad: mostrando los costes de transgredirlo (Zubok, 2007).

4. ANÁLISIS COMPARADO: SUEZ Y HUNGRÍA EN 1956

4.1. Simultaneidad de las crisis y coherencia del orden internacional

El otoño de 1956 ofreció al sistema internacional una prueba de estrés sin precedentes desde el fin de la IIGM: dos crisis graves, en escenarios geográficos opuestos, protagonizadas por actores distintos y con causas estructuralmente diferentes, estallaron con apenas cuatro días de separación y se desarrollaron en paralelo durante semanas. Esta coincidencia no respondía a ninguna coordinación, pero tampoco fue irrelevante: la simultaneidad condicionó las percepciones y los cálculos de todos los actores implicados, y su análisis conjunto revela dimensiones del sistema internacional de la Guerra Fría que ninguno de los dos episodios, tomado de forma aislada, permite apreciar con igual nitidez.

La primera cuestión que plantea la simultaneidad es si el sistema internacional fue capaz de mantener su coherencia, esto es, de preservar unas reglas mínimas de funcionamiento, bajo una presión tan intensa y geográficamente separada. La respuesta, a la luz de los hechos, es ambigua y reveladora a partes iguales. Por un lado, los mecanismos multilaterales funcionaron: la Asamblea General de la ONU forzó el cese de la intervención anglofrancesa con rapidez, la FENU se desplegó en semanas y el *economic statecraft* estadounidense demostró que la coerción financiera podía resultar más eficaz que la fuerza militar. Sin embargo, esa misma Asamblea aprobó el 4 de noviembre una resolución exigiendo la retirada soviética de Hungría que la URSS desacató, sin que la comunidad internacional produjera consecuencia práctica alguna.

La asimetría entre ambas respuestas institucionales no fue accidental: fue el resultado directo de la estructura bipolar del sistema. Waltz ha argumentado que en un sistema bipolar la distribución de capacidades concentra en las dos superpotencias la capacidad de definir los límites de lo tolerable, reduciendo el margen de maniobra de los demás actores de forma más radical que en sistemas multipolares (Waltz, 1979). Esta lógica operó de forma evidente: EE. UU. pudo imponer el alto el fuego en Suez porque la intervención anglofrancesa amenazaba intereses sistémicos estadounidenses como la credibilidad occidental en el Tercer Mundo o la estabilidad del sistema monetario internacional, mientras que la URSS pudo ignorar las resoluciones de la ONU en Hungría porque ninguna potencia con capacidad de presión efectiva estaba dispuesta a desafiarla en

su propia esfera de influencia. La coherencia del sistema internacional en 1956 fue en definitiva, una coherencia selectiva: funcionó cuando las superpotencias coincidían en el diagnóstico o cuando una de ellas tenía interés en hacer funcionar los mecanismos multilaterales, y se paralizó cuando una de ellas era precisamente el actor cuya conducta se trataba de disciplinar.

Hay un factor adicional que la simultaneidad ilumina de forma especialmente clara: la forma en que cada crisis condicionó el margen de maniobra disponible para gestionar la otra. Jruschov lo formuló él mismo, con una claridad que las notas de Malin han conservado: la crisis de Suez proporcionaba a Moscú una cobertura propagandística que no estaba dispuesto a desperdiciar en el preciso momento en que ordenaba aplastar Budapest (Gati, 2006). La imagen de los tanques anglofranceses en Port Said hacía más difícil para Occidente presentar la intervención soviética en Hungría como una violación excepcional del derecho internacional, pues sus propios aliados estaban perpetrando simultáneamente una operación de naturaleza comparable. La simultaneidad no fue, por tanto, una mera coincidencia cronológica: fue el marco dentro del cual la hipocresía estructural del orden internacional de la Guerra Fría se hizo visible de forma paralela en los dos hemisferios del sistema.

4.2. Reacciones de las grandes potencias y lógica bipolar

El comportamiento de EE. UU. y la URSS ante las crisis de 1956 constituye el núcleo analítico más revelador del trabajo, precisamente porque en ambos casos las superpotencias actuaron de forma que contradecía sus propios discursos oficiales y que solo cobra plena inteligibilidad si se analiza desde la lógica de la estabilidad sistémica antes que desde la de los principios proclamados.

La posición de EE. UU. ante la crisis de Suez ha sido interpretada frecuentemente como una demostración de principios: la potencia hegemónica frenando a sus propios aliados para defender el derecho internacional y la soberanía de un Estado más débil. Esta lectura contiene un elemento de verdad, pero resulta insuficiente como explicación causal. Leffler ha argumentado de forma convincente que la administración Eisenhower actuó ante todo por razones de gestión sistémica: la intervención tripartita comprometía la posición

occidental en el mundo afroasiático en un momento en que la URSS competía activamente por la influencia en los países recién descolonizados, y podía empujar a Nasser hacia una alineación más estrecha con Moscú que habría alterado el equilibrio regional de forma desfavorable para Washington (Leffler, 1992). Las herramientas elegidas (la presión financiera sobre la libra esterlina y el bloqueo del crédito del FMI) no fueron las de quien defiende un principio jurídico, sino las de quien ejerce su posición dominante en el sistema monetario internacional para disciplinar a actores subordinados dentro de su propio bloque (Kunz, 1991). Gilpin añade la dimensión hegemónica: la estabilidad del orden occidental dependía de que EE. UU. pudiera hacer respetar las reglas del sistema incluso frente a sus aliados, y Suez fue precisamente la ocasión en que ese principio se aplicó con toda su dureza (Gilpin, 1981).

La actitud de EE. UU. ante Hungría revela, sin embargo, la otra cara de esa misma moneda. La retórica de la “liberación”, presente en la propaganda de la administración Eisenhower desde 1953, había generado en amplios sectores de Europa del Este la expectativa de que Occidente intervendría activamente en apoyo de los movimientos de resistencia al comunismo. La revolución húngara puso a prueba esa retórica y la dejó en evidencia de forma definitiva: la decisión de no intervenir fue tomada con rapidez y sin dudas reales, precisamente porque hacerlo habría supuesto desafiar militarmente a la URSS en su propia esfera de influencia, con el riesgo de una confrontación directa que ningún cálculo racional podía justificar (Leffler, 1992). Lo que este comportamiento revela no es incoherencia sino coherencia de un tipo diferente: EE. UU. actuó en ambas crisis con una lógica sistémica consistente, buscando preservar la estabilidad bipolar, evitar la escalada nuclear y mantener la credibilidad internacional de Occidente, pero esa lógica producía resultados radicalmente distintos según el escenario geográfico. En Suez, la estabilidad sistémica exigía frenar a los aliados; en Hungría, la misma estabilidad sistémica exigía no desafiar al adversario. El principio era el mismo; las consecuencias para húngaros y egipcios no podían ser más diferentes.

El comportamiento soviético presenta una estructura análoga. En Hungría, la URSS actuó con una determinación que Kramer ha analizado como el resultado de una evaluación racional de sus intereses vitales: la retirada del Pacto de Varsovia no era simplemente una reforma política interna sino la ruptura del perímetro de seguridad que Moscú consideraba condición esencial de su posición estratégica (Kramer, 1998). Al mismo tiempo, supo

instrumentalizar la crisis de Suez con una habilidad propagandística notable. La amenaza de Bulganin del 5 de noviembre fue formulada en el momento preciso en que la presión internacional sobre Londres y París alcanzaba su máxima intensidad, permitiendo a la URSS presentarse como defensora de la soberanía egipcia frente al imperialismo occidental mientras aplastaba simultáneamente la húngara (Boyle, 2005). La simultaneidad, lejos de suponer un coste para Moscú, fue explotada como recurso: Suez desviaba la atención, proporcionaba cobertura argumentativa y dificultaba la articulación de una condena internacional unificada.

Ante Suez, en cambio, la URSS mantuvo una notable contención. La crisis coincidió con el momento de mayor incertidumbre del Presídium sobre Hungría, y Jruschov era perfectamente consciente de que una implicación directa en el conflicto egipcio podría comprometer el margen de maniobra que necesitaba en Europa del Este. Zubok ha señalado que los beneficios soviéticos en Oriente Medio tras Suez, aunque reales, se produjeron en un marco de cuidadosa gestión del riesgo de escalada con EE. UU.: la URSS obtuvo influencia sin asumir compromisos que pudieran arrastrarla a una confrontación directa (Zubok, 2007). Esta es, nuevamente, la lógica bipolar en estado puro: maximización de la posición relativa dentro de los límites que impone la necesidad de preservar la estabilidad del sistema, que ambas superpotencias valoraban, aunque no siempre lo reconocieran públicamente, más que cualquier ganancia marginal en las periferias.

El resultado conjunto del comportamiento de ambas superpotencias en 1956 fue la consolidación de lo que podría denominarse una gestión tácita del orden bipolar: un conjunto de reglas no escritas, nunca formalizadas en ningún tratado, según las cuales cada superpotencia reconocía implícitamente a la otra el derecho a disciplinar su propia esfera de influencia, siempre que no se cruzaran determinadas líneas de escalada. Esta gestión fue funcional para la estabilidad del sistema, pero su coste moral y político fue enorme: se pagó en Budapest con sangre, en El Cairo con la humillación de potencias que habían confundido sus aspiraciones con sus capacidades, y en Tel Aviv con la frustración de una victoria militar convertida en retirada forzosa por la misma presión sistémica que determinó los demás desenlaces.

4.3. Soberanía, intervención y legitimidad internacional

Uno de los planos en que el análisis comparado de Suez y Hungría resulta más fructífero es el de los principios de soberanía e intervención y la forma en que fueron invocados, aplicados y violados simultáneamente por los distintos actores del sistema internacional. Ambas crisis pusieron sobre la mesa las mismas normas fundamentales del orden de posguerra: no intervención, respeto de la soberanía territorial y libre determinación de los pueblos; pero su aplicación resultó tan asimétrica que el contraste entre los dos casos pone al descubierto los límites reales de la legalidad internacional en un mundo bipolar.

El principio de soberanía fue el argumento central de la posición egipcia desde el primer momento. La nacionalización de la Compañía del Canal fue presentada por Nasser como un ejercicio legítimo de soberanía sobre recursos naturales situados en territorio nacional, y la argumentación jurídica del gobierno de El Cairo sostuvo con coherencia que la soberanía sobre el canal como vía de agua correspondía a Egipto desde 1888 y que la nacionalización de la compañía gestora no alteraba los compromisos de libre navegación derivados de la Convención de Constantinopla (García Arias, 1956). Lo que resulta analíticamente significativo es que este argumento, pese a su contenido jurídico discutible en algunos aspectos, fue el que terminó prevaleciendo en el ámbito internacional: la Asamblea General de la ONU respaldó implícitamente la posición egipcia al exigir la retirada incondicional de las fuerzas invasoras sin condicionarla a ningún acuerdo previo sobre la gestión del canal. Cooper ha señalado que la descolonización introdujo en el sistema internacional una transformación profunda de los criterios de legitimidad: los nuevos Estados postcoloniales no se limitaron a reclamar soberanía formal sino a renegociar activamente los términos de su inserción en el orden internacional, y el caso egipcio fue uno de los primeros en que esa renegociación produjo resultados concretos frente a potencias que disponían de capacidad militar muy superior (Cooper, 2005).

En el caso húngaro, los mismos principios fueron invocados, pero tuvieron consecuencias completamente opuestas. La diferencia decisiva no residía en la juridicidad de los argumentos, que era comparable en ambos casos, sino en la posición geográfica de cada Estado dentro de la arquitectura bipolar: Egipto no pertenecía a ninguna esfera de influencia formalmente delimitada, mientras que Hungría era parte de un bloque cuya

cohesión la URSS consideraba un interés vital y cuya vulneración era para el Kremlin una amenaza existencial antes que una cuestión de principios (Kramer, 1998). La soberanía de los Estados débiles es siempre contingente respecto a las necesidades de seguridad de los poderosos en la lógica estructural del sistema internacional (Waltz, 1979), y 1956 ofreció la demostración más nítida de ese principio en dos casos simultáneos.

Lo que añade profundidad analítica a esta comparación es que la asimetría no era solo de resultados sino de mecanismos. En Suez, el principio de soberanía fue defendido a través de instrumentos multilaterales que funcionaron porque la potencia que los activaba era EE. UU. y porque hacerlo servía a sus intereses estratégicos. En Hungría, los mismos instrumentos multilaterales existieron, pero carecieron de eficacia porque la potencia a disciplinar disponía de veto en el Consejo de Seguridad y de capacidad militar directa sobre el territorio en cuestión. Como ha señalado Keohane, las instituciones internacionales pueden desempeñar un papel relevante en la estructuración de la cooperación, pero ese papel es contingente respecto a la alineación de intereses de las grandes potencias (Keohane, 1984): cuando esa alineación falta, las instituciones se convierten en marcos normativos sin capacidad de coerción autónoma.

Hay, sin embargo, una dimensión del principio de legitimidad que el análisis comparado revela con especial nitidez y que trasciende la mera asimetría de resultados: el impacto de ambas crisis sobre la legitimidad discursiva de los principales actores. Reino Unido y Francia pagaron en Suez un coste de legitimidad internacional que no se limitó a la derrota inmediata, sino que condicionó su política exterior durante años. La imagen de dos potencias coloniales atacando a un Estado soberano en desarrollo, con una conspiración secreta como trasfondo y en el preciso momento en que Occidente condenaba la represión soviética en Hungría, resultó extraordinariamente dañina para la credibilidad del Bloque Occidental ante el mundo afroasiático (Boyle, 2005). Israel, por su parte, sufrió un coste de legitimidad de naturaleza distinta: la revelación de los Acuerdos de Sèvres confirmó ante la comunidad internacional su papel como participante activo de la conspiración tripartita, lo que complicó durante años su posicionamiento diplomático como Estado que actuaba en legítima defensa. Dawisha ha mostrado que Nasser y el nasserismo extrajeron de esta contradicción un capital político duradero: la narrativa de la agresión imperialista derrotada se convirtió en el relato fundacional del nacionalismo árabe de posguerra y en un argumento de legitimación que ninguna victoria militar habría podido

proporcionar (Dawisha, 2016). La URSS, en cambio, pagó un coste de legitimidad ideológica que resultó irreparable dentro del movimiento comunista occidental: no era posible presentar como defensa de los trabajadores el aplastamiento de una revolución cuyo núcleo más organizado habían sido precisamente los consejos obreros (Fehér & Heller, 1980). Ninguna victoria propagandística en Oriente Medio podía compensarlo completamente.

4.4. Diferencias estructurales entre Oriente Medio y Europa del Este

El análisis comparado de Suez y Hungría no debe limitarse a identificar paralelismos y simetrías: las diferencias entre ambos casos son analíticamente tan reveladoras como las semejanzas, y su examen permite precisar hasta qué punto la lógica bipolar operaba de formas distintas en escenarios geográficos y sistémicos diferentes.

La diferencia más fundamental es la de la posición de cada crisis dentro de la arquitectura de seguridad de las superpotencias. Hungría era un Estado del bloque soviético, firmante del Pacto de Varsovia, con tropas soviéticas desplegadas en su territorio desde 1945 y cuya pertenencia al sistema de seguridad de la URSS había sido consagrada en los acuerdos de posguerra. Su crisis era, desde la perspectiva del Kremlin, un asunto interno del bloque: la intervención militar no requería justificación jurídica ante el sistema internacional más allá de la ficción del gobierno Kádár que supuestamente la había solicitado, porque la esfera de influencia soviética en Europa del Este era un hecho reconocido tácitamente por todas las potencias, incluida EE. UU. (Kramer, 1998). Egipto, en cambio, era un Estado formalmente soberano que no pertenecía a ningún bloque, que se había proclamado no alineado y cuya dirección política era resultado de un proceso interno de afirmación nacional. La intervención anglofrancesa en su territorio no podía apoyarse en ningún marco de alianza o seguridad colectiva reconocido: era, desde cualquier ángulo jurídico, una agresión exterior contra un Estado soberano, y así fue caracterizada por la ONU y por EE. UU. (Kyle, 2003). Esta diferencia de posición sistémica explica en gran medida por qué los mecanismos internacionales funcionaron en un caso y no en el otro: no había un principio de legitimidad más sólido en Suez que en Hungría, pero había un actor con interés y capacidad de hacer valer ese principio en el primer caso y no en el segundo.

Una segunda diferencia estructural relevante es la de la naturaleza de los actores que protagonizaron cada crisis. En Suez, el actor central del lado desafiante era un Estado en proceso de afirmación soberana postcolonial, liderado por un gobierno nacionalista con capacidad de movilización regional y apoyado, al menos instrumentalmente, por la lógica del movimiento de no alineamiento y por la simpatía de los países afroasiáticos recientemente descolonizados. En Hungría, el actor desafiante era una sociedad que se levantaba contra un régimen impuesto por una potencia extranjera, pero que lo hacía sin respaldo externo real, sin acceso a foros internacionales donde pudiera defender su posición y sin la cobertura de ningún movimiento transnacional comparable al nacionalismo árabe o al no alineamiento. Dawisha ha revelado que el nasserismo era mucho más que un proyecto nacional egipcio: era la expresión de una corriente política árabe con base social en múltiples países, lo que dotaba a la causa egipcia de una dimensión regional que amplificaba su peso en los foros internacionales (Dawisha, 2016). Los insurgentes húngaros carecían de ese respaldo transnacional: su causa generaba simpatías en Occidente, pero simpatías que no se traducían en apoyo político efectivo precisamente porque hacerlo habría supuesto desafiar a la URSS en su esfera.

Una tercera diferencia, menos frecuentemente subrayada pero analíticamente significativa, es la de los objetivos de cada intervención y sus consecuencias de largo plazo sobre los actores intervinientes. La intervención anglofrancesa en Suez fue un fracaso en todos los sentidos: no logró ninguno de sus objetivos declarados, ni la protección del canal ni el derrocamiento de Nasser, deterioró gravemente la posición internacional de ambas potencias y aceleró el reconocimiento de la pérdida de autonomía estratégica que la posguerra había impuesto. Kennedy ha argumentado que Suez fue el momento en que la brecha entre aspiración y capacidad se hizo pública e irreversible para los imperios europeos (Kennedy, 1988). Israel, como ya se señalaba, ocupó una posición intermedia: fracasó en el plano diplomático, pero obtuvo concesiones concretas en el plano de seguridad cuya vigencia se prolongó durante diez años. La intervención soviética en Hungría, en cambio, logró sus objetivos militares e impuso el orden que buscaba, aunque a un coste político y de legitimidad considerable. Zubok ha señalado que la defensa del bloque en 1956 fue, en términos sistémicos, un éxito de la estrategia soviética, aunque sentó las bases de una dependencia creciente de la coerción como mecanismo de cohesión que resultaría insostenible a largo plazo (Zubok, 2007). En este sentido, las dos intervenciones fallidas, la anglofrancesa que no logró sus objetivos y la soviética que los

logró al precio de su legitimidad, ilustran dos formas distintas de declive: el declive por incapacidad y el declive por ilegitimidad, ambos visibles en estas crisis de 1956.

La diferencia final que merece atención analítica es la del impacto de cada crisis sobre el proceso de descolonización y sobre la emergencia del Tercer Mundo como actor del sistema internacional. La victoria política de Nasser, su supervivencia como líder, la conservación de la soberanía sobre el canal y el refuerzo de su posición regional, demostró que un Estado postcolonial podía enfrentarse a potencias militarmente superiores y salir reforzado si sabía movilizar los recursos diplomáticos del sistema internacional emergente. Cooper ha señalado que esta demostración tuvo un efecto multiplicador sobre los procesos de descolonización en curso: confirmó que la soberanía formal podía traducirse en capacidad de agencia real si se ejercía con habilidad en el nuevo sistema multilateral (Cooper, 2005). Hungría, en cambio, no dejó ese tipo de legado para el sistema internacional, aunque su represión también enseñó algo: que los pueblos de Europa del Este no podían confiar en el sistema internacional para defender su soberanía, y que los límites de la emancipación posible dentro del bloque soviético estaban definidos por la voluntad de Moscú. Ambas lecciones, extraídas simultáneamente del mismo otoño de 1956, contribuyeron a configurar un orden internacional cuya retórica de soberanía universal y autodeterminación coexistía con una práctica profundamente diferenciada según la posición geográfica y sistémica de cada Estado.

5. CONCLUSIONES

5.1. Principales hallazgos

El análisis comparado de la Crisis de Suez y la Revolución Húngara de 1956 ha permitido identificar un conjunto de hallazgos que, tomados en conjunto, apuntan a una interpretación coherente del otoño de 1956 como momento de clarificación estructural del sistema internacional de la Guerra Fría. No fue un momento de fundación (las transformaciones que evidenció llevaban años en curso), pero sí de revelación: el momento en que determinadas realidades estructurales que la retórica diplomática había ocultado se hicieron visibles simultáneamente.

El primer hallazgo central es la confirmación del declive irreversible de las potencias imperiales europeas como actores autónomos. El fracaso de la intervención tripartita en Suez, que dejó a sus tres protagonistas en posiciones muy distintas entre sí, demostró de forma clara que la autonomía estratégica no existía en cualquier conflicto de alcance sistémico que no contara con el respaldo explícito de EE. UU. Sin embargo, esa derrota compartida se articuló de formas radicalmente distintas: el Reino Unido asumió la subordinación atlántica como nueva doctrina; Francia extrajo la conclusión opuesta y comenzó el camino hacia la autonomía estratégica gaullista; Israel, el actor con objetivos más acotados, fue el único que convirtió la derrota diplomática en una ganancia de seguridad concreta (la reapertura del estrecho de Tirán y el despliegue de la FENU), aunque de vigencia limitada (Davidi, 2006). Esta divergencia de respuestas ante un fracaso compartido es en sí misma analíticamente reveladora: confirma que la crisis actuó como acelerador de las trayectorias que ya estaban implícitas en la cultura estratégica de cada actor.

El segundo hallazgo es la confirmación del carácter selectivo y estructuralmente asimétrico de la aplicación de los principios del orden internacional. Soberanía, no intervención y libre determinación fueron invocados por todos los actores en ambas crisis, pero su aplicación efectiva dependió no de la solidez jurídica de los argumentos sino de la disposición de los actores con capacidad de hacerlos cumplir. En 1956, esa disposición existía en Suez y estaba ausente en Hungría, y la diferencia no era de principios sino de intereses sistémicos: en ambos casos, las superpotencias actuaron para preservar la estabilidad del orden bipolar, y esa misma lógica producía resultados opuestos según la crisis y los intereses involucrados.

El tercer hallazgo es el relativo al coste diferenciado de legitimidad que las crisis impusieron a sus protagonistas. Reino Unido y Francia sufrieron en Suez un daño de credibilidad internacional que aceleró el desmantelamiento de sus posiciones en el mundo postcolonial. Israel pagó un coste de legitimidad diplomática al quedar expuesto como conspirador en Sèvres, aunque de consecuencias menos inmediatas sobre su posición estratégica regional. La URSS sufrió en Hungría un daño de legitimidad ideológica irreparable dentro del comunismo occidental (Boyle, 2005). Nasser fue el gran beneficiado: la narrativa de la resistencia victoriosa se convirtió en el relato fundacional del nacionalismo árabe de posguerra (Dawisha, 2016). Esta distribución asimétrica de costes

y beneficios de legitimidad es uno de los rasgos más característicos del sistema internacional emergente, en el que la opinión pública mundial y los foros multilaterales constituían ya un ámbito de competencia autónomo, no reducible al poder militar o económico.

5.2. Respuesta a las preguntas de investigación

La primera pregunta de investigación planteaba en qué medida la Crisis de Suez puso de manifiesto el agotamiento del poder imperial europeo y la redefinición del papel de las potencias europeas en el sistema internacional. La respuesta que el análisis permite formular es que Suez no causó ese agotamiento, sino que lo reveló: la transformación estructural era anterior, y sus causas (el deterioro económico de la posguerra, la presión de los movimientos de descolonización y la consolidación de la bipolaridad bajo hegemonía de las superpotencias) llevaban años actuando. Lo que la crisis aportó fue la demostración pública, dramática e inequívoca de que las potencias europeas habían perdido la capacidad de actuar autónomamente en conflictos de alcance sistémico. Brendon ha subrayado que la dimensión psicológica de esta constatación fue tan importante como sus consecuencias materiales: para una generación de políticos formados en la convicción de que sus países eran actores de primer orden, la retirada de Suez supuso para ellos una revisión difícil de asumir sobre los límites reales de su país en el nuevo orden internacional. (Brendon, 2007). A partir de 1956, tanto el Reino Unido como Francia y en sus propios términos Israel, tuvieron que redefinir sus políticas exteriores asumiendo explícitamente esa limitación, aunque lo hicieran de formas divergentes y con consecuencias distintas para cada uno.

La segunda pregunta de investigación cuestionaba cómo condicionaron las dinámicas propias de la Guerra Fría la respuesta de las superpotencias y la gestión multilateral de las crisis. El análisis ha mostrado que ambas superpotencias actuaron en 1956 con una lógica de gestión sistémica que primaba la estabilidad del orden bipolar sobre cualquier otra consideración, incluidos los principios que proclamaban públicamente. EE. UU. frenó a sus aliados en Suez no por defensa del derecho internacional sino porque la intervención anglofrancesa comprometía la posición occidental en el Tercer Mundo y podía alimentar la influencia soviética en Oriente Medio (Leffler, 1992). La URSS intervino en Hungría no por un impulso ideológico sino porque la retirada del Pacto de

Varsovia constituía una amenaza real a su perímetro de seguridad estratégica (Kramer, 1998). La gestión multilateral a través de la ONU funcionó en el primer caso y fracasó en el segundo por la misma razón: la eficacia de los mecanismos institucionales dependía de la coincidencia de intereses de las grandes potencias, y esa coincidencia existía en Suez, donde EE. UU. y la URSS tenían razones distintas pero convergentes para forzar el alto el fuego, y estaba ausente en Hungría, donde solo una de las superpotencias era la parte acusada. La Guerra Fría condicionó la gestión de ambas crisis no imponiendo una lógica de confrontación permanente sino una lógica de estabilidad compartida: las dos superpotencias preferían un mundo ordenado, aunque fuera injusto, a un mundo desestabilizado por la escalada.

La tercera pregunta de investigación planteaba qué aporta el estudio comparado de Suez y Hungría para comprender el funcionamiento efectivo del sistema internacional bipolar y los límites de la acción internacional en contextos regionales diferenciados. La respuesta es que el valor del análisis comparado reside precisamente en la asimetría de los resultados: si ambas crisis hubieran sido gestionadas de forma similar, el análisis aportaría poco más que la confirmación de una lógica uniforme. Es la diferencia entre los dos desenlaces, la retirada anglofrancesa forzada por la presión internacional frente a la impunidad soviética, lo que ilumina la estructura real del sistema. Esa diferencia no se explica por la mayor o menor gravedad de cada intervención desde un punto de vista jurídico o moral, sino por la posición de cada actor dentro de la arquitectura bipolar: intervenir en la esfera de influencia de la otra potencia hegemónica tenía consecuencias; intervenir dentro de la propia esfera, no. Esta conclusión confirma la hipótesis secundaria del trabajo: el análisis comparado de Suez y Hungría permite comprender con mayor claridad los límites reales del sistema bipolar y la aplicación selectiva de los principios del orden internacional en función de los intereses estratégicos de las superpotencias y del espacio geográfico en que se desarrollaron los acontecimientos.

Respecto a la hipótesis central del trabajo, que la Crisis de Suez constituyó un punto de inflexión en el sistema internacional al evidenciar de manera definitiva la pérdida de autonomía estratégica de las potencias europeas y confirmar la primacía de las superpotencias, el análisis la confirma con un matiz importante: el punto de inflexión no fue tanto el inicio de un proceso nuevo como la clausura definitiva de uno antiguo. El orden imperial europeo no murió en noviembre de 1956, pero en esa fecha quedó claro para la

comunidad internacional que su tiempo había pasado. A partir de ese momento, ninguna potencia europea podría actuar con la pretensión de autonomía estratégica que Eden y Mollet habían mantenido hasta el final, y esa constatación reconfiguró de forma duradera la política exterior de ambos países y, por extensión, la arquitectura del Bloque Occidental.

5.3. Limitaciones del estudio y posibles líneas futuras

El presente trabajo ha abordado la comparación entre Suez y Hungría desde una perspectiva fundamentalmente sistémica y de política internacional, apoyada en una metodología histórico-analítica basada en fuentes secundarias especializadas. Esta elección metodológica tiene implicaciones sobre los límites del análisis que conviene señalar con honestidad.

En primer lugar, el trabajo no ha podido incorporar de forma sistemática la perspectiva de los actores no estatales ni la dimensión social interna de cada crisis más allá de lo estrictamente necesario para el análisis comparado. La revolución húngara, en particular, fue un fenómeno de una riqueza social y política que el espacio disponible solo ha permitido esbozar: los consejos obreros, la *intelligentsia*¹⁷, el campesinado, o las diferencias generacionales dentro del partido comunista, merecerían un análisis monográfico que trasciende los objetivos de este trabajo. Del mismo modo, la dimensión social egipcia del nasserismo y el impacto de la crisis sobre la opinión pública árabe han quedado necesariamente en un segundo plano respecto al análisis de la política internacional.

En segundo lugar, el estudio se ha centrado en el año 1956 y su inmediato contexto, lo que limita la capacidad de analizar con detalle el despliegue de las consecuencias de largo plazo de ambas crisis. La relación entre Suez y el proceso de descolonización africana de los años siguientes, el papel de Hungría como precedente para la Primavera de Praga de

¹⁷ El término *intelligentsia*, de origen ruso-polaco, designa al estrato social formado por intelectuales, artistas, académicos y profesionales con conciencia crítica de su papel en la vida pública. En el contexto húngaro de 1956, la *intelligentsia*, agrupada en torno a instituciones como el Círculo Petőfi, desempeñó un papel catalizador en la articulación del descontento político y en la preparación del clima intelectual que precedió al levantamiento de octubre.

1968, o el impacto de ambas crisis sobre la evolución interna del movimiento comunista occidental, serían líneas de investigación de gran interés que el marco temporal de este trabajo no ha podido desarrollar en profundidad.

En tercer lugar, la extensión limitada propia de un Trabajo de Fin de Grado ha obligado a seleccionar y condensar aspectos que merecerían un tratamiento más exhaustivo. Cuestiones de indudable relevancia no se han podido incluir de forma profunda en el análisis, por ejemplo, el papel de los medios de comunicación y la propaganda en la gestión de ambas crisis, la dimensión económica del proceso de descolonización egipcio más allá del episodio concreto del canal, o el análisis detallado de las negociaciones diplomáticas en el seno de la ONU durante las semanas de mayor tensión.

Estas limitaciones apuntan a líneas de investigación futura que podrían profundizar en alguno de los hilos analíticos abiertos por este trabajo. Una primera línea sería el análisis comparado de las crisis de 1956 con episodios posteriores de tensión entre esferas de influencia y principios de soberanía (Checoslovaquia 1968, Angola 1975, o Afganistán 1979) con el objetivo de evaluar si la lógica de gestión tácita del orden bipolar identificada en 1956 se mantuvo estable o evolucionó a lo largo de la Guerra Fría. Una segunda línea sería el estudio de la recepción de ambas crisis en el movimiento de no alineamiento y en las organizaciones afroasiáticas emergentes, para analizar cómo el “laboratorio” de 1956 contribuyó a configurar las normas y los argumentos con los que el Tercer Mundo articuló su posición en el sistema internacional durante las décadas siguientes. Una tercera línea, de carácter más teórico, podría examinar hasta qué punto las dinámicas identificadas en 1956, la asimetría en la aplicación de los principios de soberanía, la primacía de la gestión sistémica sobre los principios declarados, o el papel de los costes de legitimidad en la política internacional, son generalizables como patrones del comportamiento de las grandes potencias más allá del contexto específico de la Guerra Fría, o si por el contrario son características propias de un sistema bipolar que no se reproduce en configuraciones de poder distintas.

El otoño de 1956 sigue siendo, casi setenta años después, uno de los momentos más instructivos de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas: no porque ofrezca respuestas simples a preguntas complejas, sino precisamente porque la complejidad de lo que ocurrió simultáneamente en Budapest y en el Canal de Suez obliga

a pensar el sistema internacional con más rigor y menos ingenuidad de lo que los principios proclamados invitarían a hacer.

6. Declaración de Uso de Herramientas de Inteligencia Artificial Generativa en Trabajos Fin de Grado

ADVERTENCIA: Desde la Universidad consideramos que ChatGPT u otras herramientas similares son herramientas muy útiles en la vida académica, aunque su uso queda siempre bajo la responsabilidad del alumno, puesto que las respuestas que proporciona pueden no ser veraces. En este sentido, NO está permitido su uso en la elaboración del Trabajo fin de Grado para generar código porque estas herramientas no son fiables en esa tarea. Aunque el código funcione, no hay garantías de que metodológicamente sea correcto, y es altamente probable que no lo sea.

Por la presente, yo, Luis Sanz Roque, estudiante de Doble Grado en Administración y Dirección de Empresas y Relaciones Internacionales de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "Vasos comunicantes en la Guerra Fría: Suez y Hungría, 1956: Entre la descolonización y la reconfiguración de la hegemonía mundial", declaro que he utilizado la herramienta de Inteligencia Artificial Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Brainstorming de ideas de investigación:** Utilizado para idear y esbozar posibles áreas de investigación.
2. **Crítico:** Para encontrar contra-argumentos a una tesis específica que pretendo defender.
3. **Referencias:** Usado conjuntamente con otras herramientas, como Science, para identificar referencias preliminares que luego he contrastado y validado.
4. **Estudios multidisciplinares:** Para comprender perspectivas de otras comunidades sobre temas de naturaleza multidisciplinar.
5. **Constructor de plantillas:** Para diseñar formatos específicos para secciones del trabajo.
6. **Corrector de estilo literario y de lenguaje:** Para mejorar la calidad lingüística y estilística del texto.
7. **Sintetizador y divulgador de libros complicados:** Para resumir y comprender literatura compleja.
8. **Revisor:** Para recibir sugerencias sobre cómo mejorar y perfeccionar el trabajo con diferentes niveles de exigencia.
9. **Traductor:** Para traducir textos de un lenguaje a otro.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 24/04/2026

Firma:

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Luis Sanz', written over a horizontal line. The signature is stylized and somewhat abstract, with a large loop at the end.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Boughton, J. M. (Septiembre de 2001). La Crisis de Suez de 1956, ¿primera crisis financiera del siglo XXI? *Finanzas & Desarrollo, Fondo Monetario Internacional*, 20-23.
- Boyle, P. G. (2005). The Hungarian Revolution and The Suez Crisis. *History, 90*, 550-565.
- Brendon, P. (2007). *The Decline and Fall of the British Empire, 1781-1997*. Londres: Jonathan Cape.
- Connelly, M. (2002). *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era*. Nueva York, Nueva York: Oxford University Press.
- Cooper, F. (2005). *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*. Berkeley y Los Ángeles, California: University of California Press.
- Davidi, E. (2006). La Crisis del Canal de Suez en 1956: El Fin de Una Época en el Medio Oriente y El Comienzo de Otra. *Historia Actual Online* (10), 145-153.
- Dawisha, A. (2016). *Arab Nationalism in the Twentieth Century: From Triumph to Despair* (New ed.). Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Fehér, F., & Heller, A. (1980). Hungría 1956: anatomía de una revolución política. *Zona Abierta* (26), 47-62.
- Fehér, F., Heller, A., & Márkus, G. (1983). *Dictatorship Over Needs*. Oxford: Blackwell.
- Ferrero Blanco, D. (2006). La Revolución Húngara de 1956: El Carácter Político y la Organización Social. *Historia Actual Online* (10), 99-113.
- García Arias, L. (julio-septiembre de 1956). La Crisis del Canal de Suez. *Revista de Política Internacional* (27), 77-97.
- Gati, C. (2006). *Failed Illusions: Moscow, Washington, Budapest, and the 1956 Hungarian Revolt*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson Center Press.

- Gilpin, R. (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gordon, J. (2006). *Nasser: Hero of the Arab Nation*. Oxford: Oneworld Publications.
- Kennedy, P. (1988). *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Londres: Unwin Hyman Limited.
- Keohane, R. O. (1984). *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Kramer, M. (1998). The Soviet Union and the 1956 Crises in Hungary and Poland: Reassessments and New Findings. *Journal of Contemporary History*, 33 (2), 163-214.
- Kunz, D. B. (1991). *The Economic Diplomacy of the Suez Crisis*. Chapel Hill, Carolina del Norte: The University of North Carolina Press.
- Kyle, K. (2003). *Suez: Britain's End of Empire in the Middle East*. Londres: I. B. Tauris.
- Leffler, M. P. (1992). *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Lion Bustillo, J. (2013). ¿Cómo Sobrevivir a Suez? El Gobierno Macmillan y el Imperio Británico en Oriente Medio. *Historia Contemporánea* (48), 315-344.
- Malin, V. N. (1996/1997). Working notes from the CPSU CC Presidium session, October 28, 1956 (M. Kramer, trad.). *Cold War International History Project Bulletin* (8/9), 389-392.
- Rikhye, I. J. (1984). *The Theory and Practice of Peacekeeping*. Londres: C. Hurst & Company.
- von Tunzelmann, A. (2016). *Blood and sand: Suez, Hungary, and Eisenhower's campaign for peace*. Nueva York, Nueva York: HarperCollins.
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley Publishing Company.

Zubok, V. M. (2007). *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*. Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press.